v9 #3

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA REINA TOPACIO.

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

MADRID.—1861.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

LA REINA TOPACIO.

Madrid.—Imprenta de C. Gonzalez, S. Vicente Alta, 52.

LA REINA TOPACIO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

LETRA DE

D. EMILIO ALVAREZ.

MÚSICA DE

D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

Representada con aplauso en el Teatro de la Zarzuela el 11 de Setiembre de 1861.



MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de las Infantas, 34, bajo.

1861.

PERSONAS.		ACTORES.
TOPACIO.	Doña	Luisa Santamaría.
DIANA.		Teresa Rivas.
EL CAPITAN RAFAEL. .	Don	Tirso Obregon.
ANIBAL.		José Gonzalez.
FRANCO.		Ramon Cubero.
BEPPO.		Francisco Arderíus.
MANFREDI.		José Rochel.
CABALLERO.		Domingo Parcero.

Caballeros venecianos: criados: bohemios.

La accion se supone á mediados del siglo XVI.

ACTO PRIMERO.

Plaza: al fondo sobre un canal transversal un puente practicable: el mar á lo lejos: á la izquierda en primer término una hostería de humilde apariencia.

ESCENA PRIMERA.

ANIBAL.—MANFREDI.—CORO.—

CORO.

Ya en el Ocaso su luz ardiente
sepulta el sol,
y aun los recuerdos de nuestra mente
dicen amor.
Dichas y goces nos dá este dia,
grata ilusion,
pues ya concluye tanta alegría,
sueños, adios!

UN CABALLERO.

Hermosa estaba á fé.

MANFREDI.

Fué reina del festin,

UN CABALLERO.

Amarla le juré.

TODOS.

Oh! Carnaval feliz.

MANFREDI.

Y á quién prefiere?

ANIBAL.

A quién? A mí.

UN CABALLERO.

A mí.

OTRO.

A mí.

ANIBAL.

Calmad vuestro furor.
Tened, parad, oid;
la condesa concede su amor
á mí.

UN CABALLERO.

A mí.

MANFREDI.

A mí.

ANIBAL.

Por tan pequeña duda
no vamos á reñir.
Calmaos, caballeros;
tened, parad, oid:
En una hostería
muy cerca de aquí,
vive una gitana
discreta y gentil.
Leyendo en los astros
sabe el porvenir;
quereis ahora mismo
consultarla?

CORO.

Sí.

ANIBAL.

Esta es su morada.

TODOS.

Bravisimo!

ANIBAL.

Abrid.

HOSTELERA. (En la ventana.)

Qué golpes son esos?

ANIBAL.

Los tres que yo dí.

TODOS.

Abridnos la puerta.

HOSTELERA.

No sé á qué venís.

TODOS.

Nosotros somos seis caballeros
por una dama muertos de amor,
saber ansiamos despues de veros
por cuál suspira su corazon.

ANIBAL.

La gitanilla
lo ha de decir.

HOSTELERA.

La pobrecilla
salió de aquí.

UN CABALLERO.

Y volverá?

HOSTELERA.

Pienso que sí.

ANIBAL.

Nos ha engañado
para no abrir.

UN CABALLERO.

Sepamos la verdad.

MANFREDI.

Subamos por aquí.

HOSTELERA.

Piedad, señor, piedad.

TODOS.

Abrid, pardiez, abrid.

HOSTELERA.

Favor.

MANFREDI.

Calle la bruja.

UN CABALLERO.

La puerta cede al fin.

TODOS.

Pasemos.

RAFAEL. (Apareciendo en la puerta.)

El que quiera
que pase sobre mí.

ANIBAL.

Por Dios que esto me agrada.

RAFAEL.

Quién sois? Y á qué venís?

LOS SEIS.

Nosotros somos seis caballeros
por una dama muertos de amor,
saber ansiamos despues de veros
por cuál suspira su corazon.

RAFAEL.

Burlaros pretendeis?

ANIBAL.

Burlarnos! no señor.

RAFAEL.

Quereis que vuestro horóscopo
os haga al punto yo?

ANIBAL.

Por qué no?

RAFAEL.

Salgamos, pues.

ANIBAL.

Primero
diga quién es.

RAFAEL.

Quién soy?—
Soy capitan aventurero,
y corro el mundo á mi placer,
sin más fortuna que mi acero,
sin más amparo que mi fé.
Galan y caballero,
bravo y cortés,
siempre á un envido digo quiero:
qué tal?

TODOS.

Muy bien.

RAFAEL.

Por la virtud y la hermosura
lanzas rompí más de una vez,
y mi esperanza y mi ventura
son el amor de una muger.
Ni el porvenir me apura,
ni pienso en él;
una estocada os ofrecí segura,
venid y os la daré.

(Se va con Manfredi, Anibal y tres caballeros.)

CORO.

Bizarra ocurrencia,
feliz pensamiento;
desde este momento

amigos serán.
Mas vamos con tiento,
dejemos la plaza,
que acaso amenaza
nocturno huracan.
Marchemos,
dejemos
que siga
la intriga
de ese bravo capitan.
(Se alejan todos.)

ESCENA II.

BEPPO.—Luego FRANCO.

HABLADO.

BEPPO. Pues! no hay más! otra pendencia!
Siga el ruido y el escándalo!...
Gentil y donoso huésped
la suerte me ha deparado.
(Franco aparece y se aproxima á Beppo.)
Cerróse apenas su herida
y héle en busca de otra... guapo!
Bravo es mi huésped, y nunca
gusté de huéspedes bravos.
Mala peste! Dios me dé
pacíficos parroquianos
de bolsa en cinto, y valientes
solo en pagar.
FRANCO. Está claro,
como yo.
BEPPO. Tú! Dios me libre!
FRANCO. Mira, en fé de que bien pago,
si es de ley esa moneda.
BEPPO. Oro?

FRANCO. Como el de esta.
BEPPO. Vamos,
qué pretendes hoy de mí?
FRANCO. Hablemos: quieres tabaco? (Sacando una bolsa de cuero)
BEPPO. Me mareo.
FRANCO. (Sacando una caja de rapé.) Bien: y un polvo?
BEPPO. Estornudo.
FRANCO. (Sacando un frasco.) Bien: y un trago?
BEPPO. Me pone ronco.
FRANCO. A mí no.
tengo un paladar... (Bebe.)
BEPPO. De estaño.
FRANCO. Hablemos pues: ya supongo
que habrás cumplido mi encargo?
BEPPO. Yo?
FRANCO. Truhan! Ya hallaste prenda?
BEPPPO. Cuál?
FRANCO. No anduviste reacio.
Tu huésped el capitan
nada sabrá!
BEPPO. De qué?
FRANCO. Al grano.
La brevedad interesa:
un hombre apuesto y gallardo,
como el capitan Rafael,
tendrá amores.
BEPPO. Tal vez.
FRANCO. Bravo!
La prueba.
BEPPO. Aquí está la prueba.
(Mostrando uu medallon pendiente de una cadena de oro.)
FRANCO. Un medallon.
BEPPO. Un retrato.
FRANCO. Bien cumpliste. Adios.
BEPPO. Espera.
FRANCO. Qué?

BEPPO. Si el capitan ha echado
de menos la prenda, cómo
salir vivo de sus manos?

FRANCO. Eso es cuenta tuya: basta,
cumple bien, que bien te pago

BEPPO. Pero qué interés te guia
en tal empeño? Ya caigo:
y ahora sé que mis sospechas
van fundadas. Serás franco?

FRANCO. Franco es mi nombre.

BEPPO. Pues bien,
sospecho que la Topacio
esa linda encantadora,
de continente bizarro,
á quien rendis vasallage,
ama al capitan.

FRANCO. Más bajo.
Reservado te anhelé
y entrometido te hallo.
Condiciones son las tuyas
convenientes para el caso.

BEPPO. De qué se trata?

FRANCO. Curioso!
De que has de seguir los pasos
del capitan, y en silencio
has de huir los de Topacio:
y nunca murmures de ella,
porque su poder es tanto,
que, ay de tí! si á tal osares.

BEPPO. Tanto puede?

FRANCO. Es reina al cabo.

BEPP. Reina?

FRANCO. Sí, de los bohemios.

BEPPO. Grande honor!

FRANCO. No le hay más alto.
Sabes tú qué gente son

los bohemios?

BEPPO. Sí, gitanos,
chalanes, gente proscripta,
que en estos tiempos menguados
vagan libres por Venecia.

FRANCO. Libres por do quiera vamos.
Vida nómada es la nuestra,
nuestro comercio el vedado,
nuestro norte independencia,
nuestra patria el mundo.

BEPPO. Vagos.

FRANCO. Y aun dudas tú del poder
de nuestra reina Topacio?
Ella! No hay noble en Venecia
de ascendientes más preclaros!

BEPPO. Quién es ella?

FRANCO. Nuestra hija,
nuestro gefe, nuestro encanto!
No es hija de la Bohemia:
las ondas del mar Adriático
lamen los antiguos muros
del opulento palacio
de sus mayores... y en él...
yo la ví...—En suma, qué diablos!
es quien es, y no te importa
saberlo; te has enterado?

BEPPO. Ni pizca! Hay misterio, eh?

FRANCO. Phe! Querrás saber...

BEPPO. Es claro.

FRANCO. Curioso!... Así te deseo.

BEPPO. Habla.

FRANCO. A su tiempo. Entretanto,
oye atento y cumple fiel
si estimas tu vida en algo.

BEPPO. Eh! Mi vida!

FRANCO. Por supuesto.

BEPPO. Adios pues.
FRANCO. Deten el paso.
BEPPO. Qué quieres?
FRANCO. (Dándole una moneda.) Que tomes.
BEPPO. Venga.
(En el tomar no hay engaño.)
FRANCO. El capitan Rafael,
tu huésped, es un gallardo
mancebo... No, cara á cara
no le vence su adversario
el conde Anibal. Mas sabes
que existen medios...
BEPPO. Es claro.
FRANCO. Y si muere el capitan,
va á ser preciso...
BEPPO. Enterrarlo.
FRANCO. No, que mueras tú tambien.
BEPPO. Ave María!
FRANCO. Á mis manos.
Su sombra has de ser: que nunca
llegue una traidora mano
hasta él... porque la mia
(Amenazándole con un puñal.)
está aquí! Quieres un trago? (Sacando el frasco.)
BEPPO. Gracias.
FRANCO. Pues vaya por tí.
Á tu salud.
BEPPO. Estimando.
FRANCO. Vete ya, que el conde Anibal
vendrá á este sitio, y entrambos
tenemos que hablar: su lance
terminó: le ha desarmado
el capitan...
BEPPO. Sabes...
FRANCO. Ba!
Soy encantador! Soy mago!

De qué te admiras? Adios.
Salva al capitan... y en cambio
dispon de mí como quieras;
oro, ginebra, tabaco...
cuanto quieras.

BEPPO. Muchas gracias.

FRANCO. Cuento contigo.

BEPPO. Está claro. (Entra en la hostería.

ESCENA III.

FRANCO.—ANIBAL.

FRANCO. Este ya es mio. Á otro asunto.

ANIBAL. Suerte maldita! (Saliendo.)

FRANCO. (Aquí está.)

ANIBAL. Quién arrojó en mi camino
á ese hombre!

FRANCO. Fatalidad!
Donde quiera á ese hombre encuentro;
con él la fortuna vá.

ANIBAL. Quién sois vos?

FRANCO. Quien se conduele
del sentimiento voraz
que os guia.

ANIBAL. Vos?

FRANCO. Soy un hombre
que aborrece al capitan,
y que por vos se interesa
y os ve humillado.

ANIBAL. Esto más?
Vos sabeis?

FRANCO. Todo: yo sé
cuanto en el fondo ocultais
de vuestra alma. Es mi oficio:
no os admire.

ANIBAL. Sois?

FRANCO. Cabal.
Soy encantador, soy mago.
Para un bohemio no hay
nada oculto.

ANIBAL. Ya os conozco.
Dónde la rara beldad
que os acaudilla se encuentra?
Quiero consultarla.

FRANCO. Ba!
Yo puedo mejor que ella
complaceros: escuchad.
Se que sois el Conde Anibal,
y es vuestra riqueza tal,
que el opulento palacio
de los Dorias habitais.
Quince años ha que os conozco,
hace dos que ciego amais
á la condesa Diana,
que á vuestro amoroso afan
no se rinde, aunque os escucha
mirando á vuestro caudal.
Es la condesa muger
calculadora y sagaz;
Solo el capitan impera
en aquella alma glacial:
ya se ve, fueron rendidos
amantes dos años ha.
Separáronse; mas hoy
que han de volverse á encontrar,
y vos la amais, y ella os huye,
tras vuestro feliz rival
enamorada y celosa,
ciega la condesa vá.

ANIBAL. Oh! rabia!

FRANCO. Sé que hace poco

os provocó el capitan;
chocaron vuestros aceros
y él os desarmó.

ANIBAL. Es verdad.

FRANCO. No le busqueis de esa suerte;
le protege Satanás,
y nunca así hais de vencerle.

ANIBAL. Medios quedan. (*Mirándole con intencion.*)

FRANCO. (*Ofreciéndose.*) Medios hay.

ANIBAL. Ya uno pensé.

FRANCO. (Bien temí!)

ANIBAL. Si encuentro un hombre...

FRANCO. Buscad.

ANIBAL. (Él mismo se brinda.) Y bien;
veo que fácil será (*Acercándosele.*)
que nos entendamos.

FRANCO. Phe!
El asunto, voto á tal,
es grave, que al fin y al cabo
es valiente el capitan.

ANIBAL. Quinientos escudos de oro
doy por su vida.

FRANCO. Ya es dar.
Acepto.

ANIBAL. Buscadme luego.

FRANCO. Dónde?

ANIBAL. Aquí mismo.

FRANCO. Es verdad.
Aquí vendrá la condesa;
la trae su celoso afan
tras nuestra reina Topacio:
llegó á sus oidos ya
que es hermosa... y como vive
tan cerca del capitan
quiere conocerla.

ANIBAL. Basta:

prudencia y actividad!

FRANCO. Fiad en mí.—A propósito;
pues lo pide Carnaval,
y nos previene ocasion
la noche, por qué no dais
un baile en vuestro palacio?

ANIBAL. Si es conveniente...

FRANCO. Quizás.
Vuestro palacio está lejos
de esta morada. Si él va...

ANIBAL. Irá.

FRANCO. Entonces...

ANIBAL. Dios le valga!

FRANCO. (Se ha salvado.)

ESCENA IV.

DICHOS.—RAFAEL.—CABALLEROS.—MANFREDI.

CAB. 1.° Capitan,
aquí está el conde.

RAFAEL. Qué es esto?
Os he enojado?

ANIBAL. No, á fé.

RAFAEL. Por qué huis de mí?

ANIBAL. Por qué?

RAFAEL. Es rencor?

ANIBAL. No.

CAB. 2.° Por supuesto.

RAFAEL. Yo vuestro enojo sentia:
apelo á nuestros testigos.

CAB. 1.° Amigos todos.

RAFAEL. Amigos.

CAB. 2.° Las manos.

RAFAEL. Hé aquí la mia.

FRANCO. (Noble corazon!) (Desapareciendo con Anibal.)

RAFAEL. Mas, calla!
No veis á ese viejo?
MANF. Cuál...
es un bohemio.
RAFAEL. Sí tal.
Siempre en mi acecho se halla;
y no lo querreis creer,
me impone su gravedad.
Es una historia.
CAB. 1.º Contad.
RAFAEL. Pues oid.
CAB. 1.º Vamos á ver!
RAFAEL. Al ducado de Milan
seis años hace servia,
mandando una compañia
de la que era capitan.
Altas razones de estado
sin duda al duque movieron,
y estos bohemios salieron
de todo el Milanesado.
Mas en pequeñas partidas
audaces nos provocaban
mientras los nuestros llevaban
sangre y fuego á sus guaridas.
Un dia, al anochecer,
despues de seguir sus huellas,
una partida de aquellas
conseguimos sorprender;
y antes de que mis soldados
en los presos se cebáran,
ordené que me llováran
donde estaban encerrados.
Mas los mios, bribonazos!
maltrataron á porfia
á este viejo, porque huia
con una niña en los brazos.

Venganza era harto cruel
la de los mios allí,
y á este anciano defendí
de tan furioso tropel.
Todos al fin me escucharon
y mi voz obedecieron,
porque antes allí murieron
los que resistirme osaron.

MANF. Abnegacion singular!

CABALL. Hazaña digna de vos.

RAFAEL. Lucha empeñada por Dios,
cuya ley es perdonar.
Pues bien: dos años despues,
cuando á Venecia volví,
por una dama sentí
el más profundo interés;
y mi afan premiado viendo,
serví á mi hermosa tirana
hallándome la mañana
bajo sus rejas viviendo.
Muchas noches, al rondar
cerca de su celosía,
observé que me seguia
este viejo sin cesar,
y que en la plaza Colona
fija hallaba una doncella,
que ser juzgué por lo bella,
la imágen de la Madona.
Y una noche... por mi vida!
hallé que de mí en espera,
gente sospechosa y fiera
se apostaba á la salida
de Venecia.

CABALL. Y esa gente?...

MANF. Bandidos, no es caso nuevo.

RAFAEL. No sé si contarlo debo.

CABALL. Que lo cuente!
MANF. Que lo cuente!

MUSICA.

RAFAEL.

Por una estrecha via
tranquilo caminaba,
y de la noche humbría
la sombra me amparaba.
Cuando en aquel paraje
inquieto descubrí
que en silencio una tropa salvaje
sus mosquetes alzó contra mí.
En tanto una voz pura
dejó este canto oir:
«Vuestro camino
borda de flores
el dulce afecto
que vive en mí:
fuísteis amparo
de una infelice,
solo si muere
podreis morir.
Donoso caballero,
seguid, seguid,
que os guarda la Madona
dicha sin fin.»

MANFREDI.

Y qué pasó despues?

RAFAEL.

Lo que jamás creí:
las armas se ocultaron,
y á verlas no volví.

Despues mi dama bella
inquieto me veia,

y al fin entre querellas
cerró la celosía,
porque una niña hermosa
me saludó gentil,
repitiendo con voz cariñosa
la cancion que en los bosques oí.
«Si tembloroso
oís mi acento,
es que la dicha
lo torna así:
voz de los cielos
sintió mi alma,
cuando juraba
por vos vivir.
Gallardo caballero,
seguid, seguid.
que os guarda la Madona
dicha sin fin.»

HABLADO.

CABALL. Teneis razon, capitan.
es una aventura extraña.
MANF. Dichoso sois en efecto,
pues os protegen las hadas.
RAFAEL. Hasta en el infierno es útil
tener amigos que valgan.
MANF. De hoy más lo seremos todos;
y si en Venecia os quedárais...
RAFAEL. Cierto asunto me detiene.
MANF. Ah! Comprendo. Aquella dama
de la historia. Está en Venecia?
RAFAEL. Sé que en Venecia se halla;
pero aun no la he visto.
MANF. Cómo!
y así estais? Podo os arrastra
esa pasion.

RAFAEL. Phé! la mia
no es una pasion volcánica:
y eso que existen recuerdos...
prendas de amor... pero calla...
(Registrándose el coleto.)
ved qué descuido de amante;
olvidada en mi posada
dejé cierta prenda... Voy...

MANF. Con vos iremos.

RAFAEL. Mil gracias.
Las recientes amistades
con una copa se arraigan.
Hola! Mesonero! vino!

TODOS. Vino!

BEPPO. De qué?

RAFAEL. Jerez! Málaga!
Adentro, señores.

FRANCO. (Apareciendo con Anibal, de quien toma una bolsa.)
Bien.

ANIBAL. La otra mitad terminada
la empresa.

FRANCO. Sereis servido.
(Por Dios que este oro abrasa
mi mano.)

BEPPO. (Saludando á Anibal que entra en la hostería.)
Excelencia

FRANCO. Beppo!

BEPPO. Me esperan.

FRANCO. Una palabra.
Conoces al conde Anibal?

BEPPO. Ese es.

FRANCO. Dá un baile en su casa:
no lo sabias?

FEPPO. Yo no.
Y cuándo?

BRANCO. Tal vez mañana.

BEPPO. Bien; y qué?

FRANCO. Nada; que tú es necesario que vayas.

BEPPO. Yo?

FRANCO. Conmigo.

BEPPO. Para qué?

FRANCO. Para lo que me hagas falta.

BEPPO. Hombre... dispones de mí de una manera... (Marchándose.)

FRANCO. (Dándole una moneda.) Ten.

BEPPO. (Volviendo á tomarla.) Vaya, dispon de mí.

FRANCO. Por ahora puedes marcharte.

BEPPO. (Qué ganga!)

FRANCO. Oye.

BEPPO. Qué?

FRANCO. (Enseñándole la bolsa.) Quieres tabaco?

BEPPO. Ya sabes que yo...

FRANCO. (Mostrándole el puñal.) Pues... anda.

BEPPO. Pues señor, ello hasta ahora
no me compromete á nada.
Dios mio! ¿será lo mismo
en adelante? Dios lo haga.

ESCENA V.

FRANCISCO.—TOPACIO.

FRANCO. Ay, capitan Rafael,
qué de cuidados me causas!
tú me salvaste la vida...
(Topacio llega á Franco sin ser de él vista.)
Malhaya tu accion hidalga,
que á nuestra reina Topacio
hirió de muerte en el alma!

Tú ignoras el puro amor
que la inspiras; si llegáras
á conocerle, tal vez
burlarías su fé santa;
y ay de tí entonces!

TOPAC. De quién?
A quién de muerte amenazas?
No sabes tú que su vida,
Franco, es para tí sagrada?
No sabes que yo le amo?

FRANCO. Pero...

TOPAC. Amo!

FRANCO. Y cómo amas!

TOPAC. Ay, como el alma al suspiro
cuando está aflijida el alma!
Como á la luz por quien muere
la mariposa pintada!
Como al espacio las aves!
Como las flores al aura!

FRANCO. Y espera premio tu amor?

TOPAC. Me sonrie esa esperanza.

FRANCO. Quimera! Olvida por siempre
al capitan.

TOPAC. No.

FRANCO. Qué aguardas?
de ese hombre?

TOPAC. Su amor!

FRANCO. Yo mando
que le olvides.

TOPAC. Tú lo mandas?

FRANCO. Sí, que ese empeño te humilla;
no quiero verte humillada.

TOPAC. Franco!

FRANCO. Ama á otra!

TOPAC. Imposible!

FRANCO. Es un libertino!

TOPAC. Calla!
FRANCO. Ducho en fingir!
TOPAC. No te creo!
FRANCO. No hay virtud en él!
TOPAC. Le ultrajas!—
Te salvó y le ofendes? Grande
fué su accion, la tuya es baja.
FRANCO. Basta, por Dios, que estás ciega!
Así mis cuidados pagas?
Por no ver llanto en tus ojos,
porque me queman tns lágrimas,
(Mostrando el medallon.)
esta prueba te oculté
por mí al capitan hurtada.
Mira.
TOPAC. Qué es esto?
FRANCO. Un retrato,
recuerdo de amor que él guarda.
TOPAC. Una muger! Ama á otra!
FRANCO. Sí.
TOPAC. Ay! que es hermosa!
FRANCO. Vaya,
no digas eso.
TOPAC. Ven, mira!
Ay, Franco, que es bella!
FRANCO. Calla!
qué ha de ser! Y aunque lo sea...
No hay comparacion... Phe! Es guapa;
mas qué vale esa belleza
con la tuya comparada?
Gimes?
TOPAC. (Mirándole enternecida.) Malhaya mi amor!
FRANCO. Malhaya, otra vez! malhaya!
TOPAC. No me riñas, yo ahogaré
esta pasion insensata.
FRANCO. Eso quiero.

TOPAC. No que no!
espíritu no me falta
para luchar!
FRANCO. Cá!
TOPAC. Y vencer!
Me sobra espíritu!
FRANCO. Brava!
Y un abrazo para mi
no te sobra?
TOPAC. Ten.
FRANCO. Mas calla:
los camaradas se acercan.
TOPAC. Guardo el retrato.
FRANCO. Le guardas?
TOPAC. Sí.
FRANCO. Bien.
TOPAC. (Al coro de bohemios que salen por la izquierda.
Salud á mis bravos!
Haced corro.
UN BOH. Qué nos mandas?
MANF. (Dentro de la hostería.) La gitanilla, señores.
TOPAC. Cantad, vuestra reina canta
lleno el semblante de júbilo.
BOHEM. Bravo!
TOPAC. (Y de tormento el alma!)

ESCENA VI.

TOPACIO.—RAFAEL.—FRANCO.—ANIBAL.—MANFREDI.

MUSICA.

ANIBAL.
Aqui está la gitanilla
que vinimos á buscar.

MANFREDI.

Es muy bella.

TOPACIO.

Muchas gracias·
mis canciones lo son más.

RAFAEL.

Es su rostro peregrino;
es su acento virginal.

TOPACIO.

Como la abeja fugitiva
que labra al vuelo su panal,
la gitanilla alegre y viva
volando vá.
Trás el amor que deja
busca otro amor,
vuela, graciosa abeja,
de flor en flor.

RAFAEL.

(Su voz es la que escucho.)

FRANCO.

(La observa el capitan.)

RAFAEL.

Es ella, es mi Madona.

MANFREDI.

La que cantó?

RAFAEL.

Sí tal.

TOPACIO.

(Me ha visto.) Caballero,
os place mi cantar?

RAFAEL.

Tu voz encantadora
ganó mi voluntad.

TOPACIO.

De una ilusion encantadora
la gitanilla va detrás,
con ella sueña cada aurora
loca de afan.
Y al repetir su queja
dice al dolor:
vuela, graciosa abeja,
de flor en flor.

HABLADO.

CABALL. Bello tipo!
MANF. Qué donosa!
TOPAC. Agradezco esos favores. (Se aleja.)
RAFAEL. No ví en mi vida, señores,
criatura más graciosa.
ANIBAL. Voy al puente: si hasta allí
me quereis acompañar...
La condesa va á llegar;
vamos á su encuentro?
MANF. Sí.
Y vos, capitan?
RAFAEL. Me quedo.

ESCENA VII.

RAFAEL.—Luego BEPPO.

RAFAEL. Pues me han robado! Y qué hacer?
Ah! este truhan... Beppo. Á ver...
BEPPO. (Estoy temblando de miedo...)
RAFAEL. Conque vos, señor menguado,
asi os condenais á ciento,
que entrais libre en mi aposento,
y salis encadenado?
BEPPO. Yo?

RAFAEL. Me hurtaste un medallon
pendiente de una cadena,
y el tribunal te condena
á cien palos. (Saca la espada.)

BEPPO. Compasion!

RAFAEL. Piensas que yo no advertí
que en acecho mio estás
hace tiempo? Que jamás
te vuelva á ver!

BEPPO. (Ay de mí!)

RAFAEL. El medallon... (Persiguiéndole.)

BEPPO. Si...

RAFAEL. (Alcanzándole.) Truhan!

BEPPO. Adios, ya me dejó manco!

RAFAEL. El medallon!

BEPPO. Por Dios, Franco...
digo por Dios, capitan!

RAFAEL. Vamos á buenas, bellaco!
voy á regalarte... ven.

BEPPO. (Calla! si este tambien
querrá ofrecerme tabaco?)

RAFAEL. Ves esta pistola?

BEPPO. Ya!

RAFAEL. Oculta un plomo.

BEPPO. Ya estoy.

RAFAEL. Y á regalártele voy.
El medallon!

TOPAC. (Que los ha observado, interponiéndose.) Aquí está.

RAFAEL. Qué es esto?

TOPAC. Un retrato es este
y á fé que es alhaja rica.

BEPPO. Temo si esto se complica,
que esto la vida me cueste. (Entra en la hostería.)

ESCENA VIII.

TOPACIO.—RAFAEL.

RAFAEL. Cómo se halla en tu poder
esa prenda?
TOPAC. Por azar.
Alguno se ha de encontrar
lo que otro llega á perder.
RAFAEL. Yo esa joya no perdí;
me la hurtaron.
TOPAC. Hay tal cosa?
Y una alhaja tan preciosa
os dejais robar así?
Quizás es prenda querida;
de amor recuerdo sagrado?
Prenda que habríais jurado
no abandonar en la vida?
No es esto?
RAFAEL. Curiosa eres!
Te interesa?
TOPAC. No en verdad,
pero es la curiosidad
el flaco de las mugeres.
RAFAEL. (Esta es su voz! Ven aquí!)
Yo te he visto antes.
TOPAC. Bá!
RAFAEL. Tú me conoces.
TOPAC. Ja, ja!
RAFAEL. No me has visto...
TOPAC. Nunca os ví!
RAFAEL. Ven.
TOPAC. No.
RAFAEL. Por qué ese desvío?
TOPAC. Señor capitan... á espacio.

RAFAEL. Cómo te llamas?
TOPAC. Topacio.
RAFAEL. Nombre extraño!
TOPAC. Como mio!
RAFAEL Oh! qué discreta! Ven!
TOPAC. Juicio!
RAFAEL. Eres hechicera.
TOPAC. Bien.
RAFAEL. Y encantadora.
TOPAC. Tambien.
RAFAEL. Me has hechizado.
TOPAC. Es mi oficio.
RAFAEL. Gitana!
TOPAC. Con ellos trato.
RAFAEL. Eres maga...
TOPAC. Y muy buscada.
RAFAEL. Ten mi mano.
TOPAC. Y si se enfada...
RAFAEL. Quién?
TOPAC. La dama del retrato.
RAFAEL. Pues eso te importa?
TOPAC. Á vos.
RAFAEL. Piensas que la amo?
TOPAC. Sí.
RAFAEL. Dónde está la prueba?
TOPAG. Aquí.
RAFAEL. Tienes celos?
TOPAC. No por Dios!
RAFAEL. Pues yo sí!
TOPAC. Infundados son.
RAFAEL. Mi dama es bella.
TOPAC. Lo creo.
RAFAEL. Si la vieras...
TOPAC. Ya la veo.
RAFAEL. Dónde!
TOPAC. En este medallon.

RAFAEL. Si no es esta.

TOPAC. Sí en verdad.

RAFAEL. Si así te obstinas...

TOPAC. Pues no?

RAFAEL. Eres muy esquiva.

TOPAC. Yo?

RAFAEL. Dame el retrato.

TOPAC. Tomad.

MUSICA.

TOPACIO.

Esta prenda idolatrada
que pedís con tal ardor,
esta imágen que grabada
representa vuestro amor;
sombra de una muger,
fantasma encantador,
si es para vos aurora de placer,
nunca se os trueque en noche de dolor.

RAFAEL.

Qué dice esta muger,
que fuego abrasador
en mi agitado pecho siento arder,
dando al alma consuelo su calor.

TOPACIO.

Y si el hallarla aquí
de júbilo os llenó,
tomadla y sed feliz.
Adios, adios.

RAFAEL.

A dónde vas?
Espera.

TOPACIO.

Para qué?

RAFAEL.

Por qué de aquí, inhumana,
huyendo vas?

TOPACIO.

Por qué?
Porque os enoja mi compañía,
y apesarada huyo de vos.
A otros lugares amor me guia,
que tambien siento penas de amor.

RAFAEL.

Si amor se burla de tu alegría,
tambien mis penas nacen de amor;
por qué el destino en hora impía
la misma pena nos deparó?

TOPACIO.

Entre los hijos de la Bohemia
pronto se curan males de amor.
Cuando un ingrato su fé no premia,
la amistad santa nos consoló.

RAFAEL.

Yo de una maga la huella sigo,
por ella late mi corazon,
si á tu consuelo basta un amigo,
aun más que amigo, tu hermano soy.

TOPACIO.

(Adora á esa muger,
y la aborrezco yo;
por qué le he vuelto á ver?
Lloremos, corazon.)

RAFAEL.

Por Dios que esta muger
ganó en mi corazon;
amarla soñé ayer,
y me enamora hoy.

———

ESCENA IX.

RAFAEL.—FRANCO.

HABLADO.

RAFAEL. Por Dios que es encantadora!
Siento en mí un inquieto afan...
FRANCO. Claro veo, capitan,
que Topacio os enamora.
RAFAEL. Hola! Sois vos?
FRANCO. Si incomodo...
RAFAEL. Al contrario: hablaros quiero...
FRANCO. Pues habladme.
RAFAEL. Lo primero...
Vos sabeis...
FRANCO. Yo lo sé todo.
RAFAEL. Cómo hubísteis... Cuándo... Dónde
esta muger admirable?
FRANCO. Es un misterio insondable
el que en Topacio se esconde.
RAFAEL. Se llama Topacio?
FRANCO. Sí.
RAFAEL. Nombre extraño!
FRANCO. No os asombre,
nombre es que oculta otro nombre
digno de un rey.
RAFAEL. Cómo así?
FRANCO. No! Fué en confianza... no!
Por ser quien sois la hice tal,
que otra confianza igual
de mí ninguno alcanzó.
RAFAEL. Seguid.
FRANCO No puedo en verdad.
Por más que obligado os quedo,

deciros quién es no puedo.
Mas cómo la hallé, escuchad.—
Cinco años contaba apenas;
dormia en sueño inocente,
y ya nublaban su frente
inmaculada, las penas.
La llevaba un hombre...

RAFAEL. Quién?

FRANCO. Yo... en mis brazos. Capitan,
yo entonces era truhan,
ahora soy hombre de bien.
La robé; gran precio ansiaba
por su rescate... y huí!
Cuál rinde el crímen! Caí
fatigado... Ella soñaba!
Despertó al rayar el dia,
y miróme sonriyendo...
parece que la estoy viendo
en mis brazos todavia!
Luego á mí abrazada... cuánto
besándome sollozó,
y el ángel mio lloró,
quemando mi faz su llanto!
Y caí á sus piés de hinojos
y una lágrima vertí!..
Bendito yo, que sentí
humedecidos mis ojos!
Sentí allí grata emocion;
porque allí sentí tambien
que se abria para el bien
mi afligido corazon!
Luego... qué diablos! Ya veis
que soy con vos franco.

RAFAEL. Es cierto.
Pero y sus padres?

FRANCO. Han muerto.

RAFAEL. Dónde?

FRANCO. No lo pregunteis.—
Á nuestro lado creció...

RAFAEL. Tiene aquí renombre!

FRANCO. Sí.
Cuatro años hace que aquí
la vida á un hombre salvó.

RAFAEL. Dónde?

FRANCO. Perdon, capitan;
debo dejaros.

RAFAEL. Por qué?

FRANCO. Porque os esperan.

RAFAEL. No á fé.

FRANCO. Pronto á buscaros vendrán.

RAFAEL. Quién?

FRANCO. Bá! Tendré que anunciaros
yo la agradable sorpresa?
Vuestra adorada condesa
Diana, viene á buscaros.

RAFAEL. Diana?

FRANCO. Cabal. La dama
cuya imágen poseeis.

RAFAEL. Y es condesa?

FRANCO. Qué quereis?
Ella al menos se lo llama.
Phe! No sé qué posesion
ha erigido ella en condado.

RAFAEL. Ella!

FRANCO. Al conde le ha inspirado
la más ardiente pasion!
Y es natural que él se afane...
Él es rico...

RAFAEL. Eso se miente.

FRANCO. Por ahora... es inmensamente
rico Anibal Barbiane.

RAFAEL. Por ahora?

FRANCO. Es claro. Quién sabe
si mañana... él no previene
que la riqueza que hoy tiene
tal vez pronto se le acabe.—
Mas callad... sí; no me engaño,
es la condesa.

RAFAEL. Ella aquí?
Feliz encuentro!

FRANCO. Vais?...

RAFAEL. Sí.

FRANCO. Adios. Se vá... no lo extraño.

MUSICA.

CORO. (Dentro.)

Todo en este mundo mísero
pasando vá,
como el rastro que una góndola
deja en el mar:
pasa la pena,
pasa el placer,
y la belleza
de la muger.
Pasa la gloria
que el mundo dá,
y hasta el que llaman
genio inmortal.
Bogad, bogad,
y en las ondas del Adriático
sepultura halle el pesar.
Bogad, bogad,
la luna que viene,
el sol que se vá.

CONDESA.

En las olas del mundo
son los amores
rocas en que se estrellan

los corazones.
Quien anda por la costa
se estrellará;
yo me dirijo al puerto
por alta mar.
En tanto no hay señales
de temporal,
remeros de Cupido,
bogad, bogad.

ESCENA X.

TOPACIO.—DIANA.—FRANCO.—ANIBAL.—CABALLEROS.

(Franco y Topacio aparecen por la izquierda.)

HABLADO.

TOPAC. Ven conmigo.
FRANCO. Adonde vas?
TOPAC. Un instante.
FRANCO. Ven.
TOPAC. Espera.
DIANA. Gracias, señores: Anibal,
estoy de vos satisfecha.
ANIBAL. Soy amante maltratado;
rendido estoy, no os sorprenda
mi solicitud.
DIANA. Ya vais
á empezar con vuestras quejas?
Por Dios, conde, soís injusto.
ANIBAL. Y vos muy cruel, condesa.
DIANA. Hablad de otra cosa.
ANIBAL. Bien.
Qué os ha inspirado la idea
de visitar este sitio,
el más pobre de Venecia?

DIANA. Dos objetos. El primero
soy vos: vine en busca vuestra.
ANIBAL. Os burlais?
DIANA. No. Y el segundo...
Lo creereis? Esa hechicera,
esa beldad que pregona
la fama. Conque es tan bella?
ANIBAL. Eso dicen.
DIANA. La habeis visto?
ANIBAL. Sí.
DIANA. Y es hermosa?
ANIBAL. No es fea.
DIANA. Y vos opinais?..
ANIBAL. Que sois
un prodigio de belleza.
DIANA. Eso opinais vos?
ANIBAL. Y todos.
DIANA. Lisongero.
ANIBAL. No.
DIANA. Quién llega?
ANIBAL. Vedla... ella es. (Por Topacio que se acerca con Franco.)
DIANA. Esta?
TOPAC. Franco!
DIANA. (Con que es esta?)
TOPAC. (Era esta!
Cómo me mira!)
DIANA. (Me mira!)
TOPAC. (Qué descaro!)
DIANA. (Qué insolencia!)
MANF. Venid, capitan.
RAFAEL. (Llegando.) Señores.
DIANA. Él! (Cambian dos miradas.)
TOPAC. Él!
FRANCO. Qué tienes?
TOPAC. Yo?
FRANCO. Tiemblas! (Se van.)

DIANA. (Le ama.) Conde, se dice
que esta gitana está ciega
de amor por un capitan
que vive aquí.

ANIBAL. Sí.

DIANA. De veras?
Y es correspondida?

ANIBAL. Sí.

DIANA. Os consta á vos?

ANIBAL. Sí.

DIANA. (Oh! vergüenza.)

ANIBAL. (Yo he de triunfar.) Qué teneis?

DIANA. Nada. Es gentil ocurrencia
la del capitan. (Me ha visto!)

RAFAEL. (Hermosura como ella!
es hermosa esta muger:
pero muy hermosa!)

DIANA. (Oh mengua!)
Conde, mandad acercar
las góndolas.

MANF. (Acercándose.) Oh! condesa...

DIANA. Caballero...

MANFREDI. Perdonad.
Iba á pediros licencia
para presentaros...

RAFAEL (Interponiéndose.) Gracias.
Si esta señora recuerda
mis facciones.

DIANA. No recuerdo.

RAFAEL. Tiempo hace que aquí en Venecia
os fuí presentado.

DIANA. Ah! Sí!
Creo tener una idea...
Es tan pobre mi memoria...

RAFAEL. Pero es tanta su pobreza,
que al capitan Rafael

ha olvidado?

DIANA. No os dé pena,
que no olvida mi memoria
lealtad como la vuestra.

MANF. Se conocian. (Se retiran.)

RAFAEL. Teneis
un título de grandeza!
Mudásteis de estado?

DIANA. No.

RAFAEL. Tituslásteis vos?

DIANA. Os pesa?

RAFAEL. No; mas ya no sois la misma.
No os llamais Diana á secas.

DIANA. Cuestion de nombre.

RAFAEL. Sí.

DIANA. Y vos,
aun sois el mismo que érais?

RAFAEL. Sí tal.

DIANA. Me han dicho que estais
enamorado de veras!

RAFAEL. Os han engañado.

DIANA. Cierto?

RAFAEL. Ciertísisimo.

DIANA. Enhorabuena.

RAFAEL. Y vos?

DIANA. Amé hace dos años.

RAFAEL. Agrádame que así sea.
Y hoy?

DIANA. Á nadie.

RAFAEL. Yo tampoco.

DIANA. Singular coincidencia!—
Y sereis de la partida?

RAFAEL. Cuál y adónde?

DIANA. Acaso vengan
acompañándome á casa
estos señores.

RAFAEL. Condesa,
mucho me honrais.
DIANA. Pero ..
RAFAEL. Iré.
DIANA. Que hablemos.
RAFAEL. Eso quisiera.

ESCENA XI.

Los mismos y ANIBAL.

ANIBAL. Condesa, cuando gusteis.
DIANA. A las góndolas, señores.
Anibal...
ANIBAL. Tantos favores
me humillan...
DIANA. Más mereceis.
ANIBAL. No hagais mi esperanza vana.
Mañana si le hais de honrar,
un baile os quisiera dar.
DIANA. Gracias.
ANIBAL. Señores, mañana
doy un baile en mi palacio,
y allí os brinda mi cariño,
mugeres, como el armiño,
licores, como el topacio.

ESCENA XII.

FRANCO.—BEPPO.—TOPACIO.—RAFAEL.

FRANCO. (Lo has oido, Beppo?)
BEPPO. (Sí.)
FRANCO. (Mañana...)
BEPPO. (Pero...)
TOPACIO. (Por Rafael.) (Se vá!)

FRANCO. Quieres fumar? (Mostrándole el puñal.)
BEPPO. Gracias.
RAFAEL. (Tropezando con Topacio) Ah!
FRANCO. Mañana espérame aquí. (Desaparecen.)
TOPACIO. Vais en la góndola vos?
RAFAEL. Si te incomoda ..
TOPACIO. No tal.
Llevais el retrato?
RAFAEL. Cuál?
TOPACIO. Conservais acaso dos?
RAFAEL. Otro!
TOPACIO. Sí?
RAFAEL. En el alma.
TOPACIO. Bá!
Ved, la góndola se aleja!
DIANA. Já, já, qué linda pareja! (Desde la góndola.)
Venís, capitan?
RAFAEL. Voy...
(Las góndolas desaparecen con todos.)
TOPACIO. (Ah!)

MUSICA.

Aria.—Coro final.

RAFAEL.

Su risa ha destrozado
mi pobre corazon;
adios, bien codiciado,
adios, sueños de amor.
Pues su desden me mata,
desden le ofrezco yo;
seré de hoy más, ingrato,
la sombra de los dos.
Mas no rieguen mis lágrimas
marchita mi ilusion,
venganza quiero súbita:

quién desoirá mi voz.

(Toca un silbato y aparecen grandes grupos de gitanos.)

CORO.

Qué sucede? qué socorro
nos demanda esa señal?
Tus vasallos, siempre fieles,
á tus órdenes están.
Qué te pasa, qué sucede?
Tu secreto dínos ya.

TOPACIO.

De Barbiane el palacio lujoso,
con vosotros pretendo admirar;
grande fiesta prepara ostentoso
su dueño galan.
Quiero sedas, adornos, brillantes,
cuanto puede el orgullo anhelar;
quiero, hermosa, mirar los amantes
muriendo de afan.

CORO.

Cuanto halague tu deseo
al momento lo tendrás;
de tu reino los tesoros
puede abrir tu voluntad.

TOPACIO.

Reina sóy de la Bohemia,
por corona tengo el sol,
por palacio la llanura,
la belleza por blason.
Del que me ultraja me vengo;
leyes dicto con mi voz;
un gran pueblo me obedece:
quién tan grande como yo?

CORO.

Ordena, y verás
cuál es nuestro amor.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Salon alhajado con suntuosidad; profusion de luces. Una galería en el fondo que deja ver por todas partes el círculo y lo alto de los monumentos de Venecia, se encuentra ocupada por numerosos convidados. Entran y salen criados trayendo bandejas y el vino en copas de oro. Los caballeros venecianos, con la copa en la mano, están agrupados en la escalera, otros pasean por el proscenio.

ESCENA PIRMERA.

INTRODUCCION.

CORO.

Del Chipre y Siracusa
las copas apurad,
y en torno á las hermosas
de amor y ventura,
los himnos alzad.

(Suena dentro rumor lejano de la orquesta de un baile)

Suenen los ecos
de dulce música

de nuevo el baile
va á comenzar.
Tiernos amantes,
doncellas cándidas,
llegó el momento
de delirar.

(Se van por el fondo.)

ESCENA II.

FRANCO y BEPPO.—Llegan por la derecha.

HABLADO.

FRANCO. (Seguido de Beppo.) No hay duda, á esta parte cae
el misterioso aposento
de Anibal: su dormitorio
está allí: cómo hallar medio
de penetrar sin ser visto?...
si entrar me ven y despierto
sospechas... Oh! yo entraré!
Mas, qué adelanto con eso?
Seguro estoy que él conserva
testimonio; alhajas, pliegos...
Muebles ví allí, que algo ocultan;
pero cómo dar con ello?

BEPPO. Lleva trazas de dar vueltas
toda la noche. Qué gestos! (Siguiéndole siempre.)

FRANCO. Estais ciego? Adónde vais?

BEPPO. Siguiéndote. (Se quita el antifaz.)

FRANCO. Eres tú... Beppo?

BEPPO. Yo; sí. No me has exigido
que te acompañase?...

FRANCO. Es muy cierto.

BEPPO. Por cuántas habitaciones
me has hecho pasar, y observo,

si no te enojas, que así
llegaste á los aposentos
más ocultos del palacio,
como si fueras tú el dueño.

FRANCO. Es verdad.

BEPPO. Es mucha audacia
la tuya: si nos ven... tiemblo!

FRANCO. Eh! no hay cuidado; ya el baile
está tocando á su término.
Ya todos gritan, ya es
un volcan cada cerebro:
y ya Anibal, que es tenido
por llano y populachero,
viendo que el pueblo se agolpa
en torno al palacio, hambriento,
ordenó á su servidumbre
que dé entrada franca al pueblo,
y otro festin le prepare
de este festin con los restos.
Todos brindan... solo tú...
por más que te dí el ejemplo ..
Á tu salud. (Sacando el frasco.)

BEPPO. Muchas gracias.
Anda, hijo.

FRANCO. Y tú?

BEPPO. No bebo.
Ya no te hago falta, Franco:
me dejas salir?

FRANCO. No, Beppo.
Aun tienes que hacer.

BEPPO. Dios mio!

FRANCO. Y el capitan?

BEPPO. No está lejos.

FRANCO. Con quién va?

BEPPO. Con la condesa.

FRANCO. Y Anibal?

BEPPO. Hace un momento
acompañaba á una máscara...
Ambos en coloquio tierno
salieron de aquí.

FRANCO. (Topacio.)

BEPPO. Quién?

FRANCO. Anibal tiene celos
del capitan... Es preciso
que tú aceches...

BEPPO. Yo?

FRANCO. Sí.

BEPPO. Pero...

FRANCO. Anda.

BEPPO. Pero esto es horrible!
Quién me ha metido á mí en esto?
tú no sabes qué hombre es
el capitan: tiene un genio!
Salimos de casa juntos:
él delante, yo en su acecho;
tú lo ordenaste, y seguíle
á corta distancia: observo...
me vió... paróse... paréme.
Vínose á mí, hablóme recio:
no repliqué, montó en cólera;
repliqué, y me dió un voleo,
y en la punta de su bota
dí un salto al salír huyendo.
Torno á seguirle, que en fin
tú me esperabas y vengo
por tí; te encuentro al llegar,
me haces franca entrada, y entro:
tú me dices: «calla y sígueme,»
y yo te sigo en silencio:
luego me diste este trage
diciéndome; «ponte esto»
y asi andamos ha dos horas

de aposento en aposento:
vas, voy: te paras, me paro:
sigues, sigo: vuelves, vuelvo:
y si al fin nos ven, á palos
nos van á moler los huesos.
Esto me huele muy mal:
no salimos con bien de esto.
Mira que esto es grave, Franco;
mira, Franco, que esto es serio.

FRANCO. Mira, Beppo, que eres mandria;
mira que hablas mucho, Beppo.
Haz lo que te digo y calla,
y escucha: dos manos tengo
armadas con dos metales;
oro en esta, en esta acero,
y el que ganes te he de dar.

BEPPO. Por vida!

FRANCO. Qué tienes?

BEPPO. Miedo.

FRANCO. Fuma y bebe como yo;
quieres ginebra?

BEPPO. (Tomando el frasco.) Sí quiero.

FRANCO. Brabo! Y tabaco?

BEPPO. Una pipa.

FRANCO. Toma. El frasco...

BEPPO. Me le llevo.

FRANCO. Anda con Dios.

BEPPO. Esto entona;
tienes razon.

FRANCO. (Le dá tabaco.) Masca esto.

BEPPO. Venga: allá voy.

TOPAC. (Apareciendo en el fondo.) Franco.

BEPPO. Egem!
Bella figura! Egem! Vuelvo. (Se va.)

ESCENA III.

TOPACIO.—FRANCO.

TOPAC. Franco, salgamos de aquí. (Se quita la careta.)
Mira... me ahoga este ambiente!
Si vieras... toda esa gente
fija sus ojos en mí.
Todos me asedian... creerás
que él tambien?.. Ni aun me vió creo;
yo sí le he visto... aun le veo...
y no quiero verle más.
Salgamos.

FRANCO. No puede ser.
Salir yo... perdona... no.
Esta noche mando yo,
y he de hacerme obedecer.
Me quedo; el disfraz me ampara,
y mucho en quedarme gano.
Soy... un príncipe romano,
tú, duquesa de Ferrara.
Bajo estos títulos fuimos
por Anibal invitados,
y son aquí respetados
los títulos que nos dimos.
Deja que esta noche ignoren
quién eres, y en tu bien medien:
deja que todos te asedien,
y que todos te enamoren.
Deja al capitan tambien
con Diana platicando:
su plática está espiando
Anibal por nuestro bien
de todo olvidado, fija
solo en ellos su atencion,

danzando furioso, al son
de su plática prolija.
Si en despique te enamora
admite sus galanteos:
esto conviene, y deseo
que le escuches desde ahora.
Término á tu mal procura
mí afan, y así le has de ver:
con fé vine aquí á poner
término á tu desventura.

TOPAC. No te comprendo.

FRANCO. Ni trates
de comprender: fia en mí;
y en tanto espero de tí
que mis órdenes acates.
Baila, rie, y haz que penen
por tu amor cuantos te cercan.
Pero calla, aquí se acercan...
todos en tu busca vienen...
tenlos á todos sujetos.
Lo harás así?

TOPAC. (Poniéndose el antifaz.) Desde ahora.

ANIBAL. (Apareciendo con los caballeros en el fondo.)
Aquí está mi encantadora.

TOPAC. Chis! quietos, señores, quietos.

ESCENA IV.

TOPACIO.—FRANCO.—ANIBAL.—MANFREDI.—CORO.

MUSICA.

ANIBAL.

Por qué, mi encantadora,
huyendo de mí vas?

Por qué con tal desvío
mis frases evitar?

TOPACIO.

Porque ha de haber ya dueño
un caballero tal,
y andando en torno mio
comprometido andais.

CORO.

Yo llego aquí á tus plantas
en plena libertad;
si premias mi fé amante
la rindo á tu beldad.

TOPACIO.

Ninguno sois ya libre.

TODOS.

Yo, yo, yo, yo.

TOPACIO.

Já, já!

DIANA. (Llegando con Rafael.)

Qué tratan mis amigos?

TOPACIO.

Tratando de mí están.
Todos mi amor pretenden
con incansable afan.

RAFAEL.

(Oh! cuánta donosura!)

DIANA.

(Oh! cuánta necedad!)

RAFAEL.

Aplaudo el pensamiento.

TOPACIO.

Mil gracias, capitan.

DIANA. (Á Rafael y Anibal.)

Sois justo. Vos sois cuerdo,

ANIBAL. (Escusándose.)

Condesa...

RAFAEL. (Id.)

Perdonad.

TOPACIO.

(Oh! qué bien mis caballeros
vuestro empeño me vengó!
Ella misma ha prevenido
de mi triunfo la ocasion.)

RAFAEL.

(Oh! qué acento! Oh! qué donaire!
Oh disfraz encantador!
Me recuerda á mi hechicera
en el talle y en la voz.)

DIANA.

(Oh! qué ciega á encontrar vine
de mis celos la ocasion.)

ANIBAL.

(Oh! qué bien, Diana esquiva,
mi despecho te humilló.)

FRANCO.

(Oh! qué bien suspendió á todos
con su acento seductor.)

CORO.

(Oh! qué gracia! qué apostura!
disfrazóse con primor.)

(Topacio los examina á todos prorumpiendo en risa.)

TOPACIO.

Yo deseo amor constante:
quién le jura?

CORO.

Yo, yo, yo.

TOPACIO.

No hay ninguno, no hay ninguno
de vosotros libre hoy,
porque todos , todos , todos,
sois esclavos de otro amor.
Sé muy bien vuestros secretos:
os conozco á todos yo.

DIANA.

Dános pues la prueba de ello.

TOPACIO.

Vais á oirme?...

CORO.

Sí.

TOPACIO.

Atencion.

(Se coloca en medio del coro.)

Ante todo , caballeros,
saber quieren quién soy yo?

(Hablado con acompañamiento de música.)

Yo soy reina , allá en Ferrara,
y en Venecia reina soy,
leyes dicto á cien vasallos
que se postran á mi voz.
Soy amada, soy temida ,
soy sensible y cruel yo.
De mi planta aventurera
cien magnates van en pós ;
y por último, señores,
mi disfraz dice quién soy.—
Yo os conozco. Oid ahora
por qué esquiva os niego amor,
Tú, Manfredi , eres casado,
y aunque amarme finges hoy,
es tu esposa bella y jóven
y la quieres con pasion.
Tú , Barbiane , andas celoso,
y ese celo arguye amor:

te le inspira una condesa
que hace un año tituló.
Dios modere si te casas
tu celosa condicion.

(Á Rafael.)

Tú eres libre, pero en suma,
qué mujer en tí fió?
Capitan aventurero,
de aventuras vas en pós.
En amores eres ducho
y á ninguna das amor:
y es notorio que ahora mismo
engañando estás á dos.
Marcos siente ser casado
y está lleno de razon.
Ved á Alberto qne no es viudo
y tres veces enviudó.
Pietro es cura, Andrés conspira:
César casa: Luis casó:
Gaston ama: Paolo adora,
y á casarse van los dos.
Todos, todos teneis dueño:
todos, todos falsos sois,
No hay ninguno, no hay ninguno
de vosotros libre hoy,
porque todos, todos, todos,
sois esclavos de otro amor.

MUSICA.

RAFAEL.

(Hechizóme su donaire,
y su acento me encantó,
y un extraño sentimiento
suspendió mi corazon.)

DIANA.

(Es ya público, evidente,
que insultarme pretendió.

Yo sabré si esta hechicera
es la mísma del meson.)

ANIBAL.

(Hasta el fin de esta hechicera
la aventura á seguir voy;
y á mi empeño ha de rendirse
quien mis celos publicó.)

FRANCO.

(Oh, qué bien á todos deja
admirados con su voz!
Oh, qué pronto en todos ellos
crecerá la admiracion.)

CORO.

No hay ninguno, ninguno
que te adore como yo:
sé con todos desdeñosa;
pero dame á mí tu amor.

HABLADO.

ANIBAL. Quién eres?
TOPACIO. Pues no lo veis?
Una maga.
MANFR. Elige á uno
por tu galan.
TOPACIO. A ninguno.
Mejor dama mereceis.
ANIBAL. No tienes amante?
TOPACIO. Acaso.
MANF. Dinos quién es.
TOPACIO. No en verdad.
ANIBAL. Ven.
TOPACIO. Dejadme en libertad.
Paso, caballeros, paso. (Se va seguida del coro.)

ESCENA V.

Los mismos, menos TOPACIO.

DIANA. (Á Anibal.) No vais?... La escena es graciosa
ANIBAL. Si permitís...
DIANA. Desde ahora.
Seguid á la encantadora,
conde.
ANIBAL. Si estará celosa. (Yéndose.)
DIANA. (¡Y me deja!) Y vos, no vais
tras la hechicera?
RAFAEL. Diana...
DIANA. Os conoce esa gitana?
RAFAEL. A mí?
DIANA. Tartamudeais?
os veo como alelado!
RAFAEL. A mí?...
DIANA. Á vos, pesia á mí!
Ofrecedme el brazo.
RAFAEL. Ah! sí...
perdonad.
DIANA. Vais perdonado. (Se van.)

ESCENA VI.

FRANCO.—MANFREDI.—CABALLEROS.

MANF. Pues se vá el conde, nosotros
quedemos aquí.
CAB. 1.º Quedémonos.
MANF. Brillante fiesta, señores;
qué os parece?
CAB. 2.º Sí por cierto.
Dígna es de un dux ó de un conde

que lucha por parecerlo.

MANF. Oh! El conde es un potentado.

FRANCO. Oh! Anibal es opulento.

CAB. 1.° Dí, Manfredi, quién es este?

MANF. Es un príncipe extrangero.—
Ahora bien, vamos un rato
á murmurar.

FRANCO. Murmuremos.

CAB. 2.° Del conde?

FRANCO. De Anibal.

CAB. 2.° Bá!
Yo declaro sin rodeos,
señores, que es imposible
hallar huésped más espléndido.

MANF. Oh! su fortuna es inmensa.

FRANCO. Y adquirióla en poco tiempo.

MANF. Verdad, y Dios sabe cómo!

FRANCO. Dios... y yo.

MANF. Vos sabeis eso?

FRANCO. Y sé muchas cosas más.

CAB. 1.° Pues id contando.

FRANCO. No cuento.

MANF. Juzgais que es tan ignorado?
Algo público es el hecho.

FRANCO. Cuál?

MANF. El de ser rico Anibal.

FRANCO. Eso todos lo sabemos.
Ba! que la madre de Anibal
era de orígen plebeyo;
que por nuestro mal su padre
administró largo tiempo
las rentas de la república,
y que tal honró su empleo,
que consiguió hacerse odiar
de los nobles y del pueblo.
Que vuestro padre despues

le sucedió, por bien nuestro,
y que despues se hizo Anibal,
no se sabe cómo, dueño
de este palacio, y despues
se hizo conde, apareciendo
de la noche á la mañana
con un fortunon soberbio.
Es eso lo que sabeis?
Eso todos lo sabemos.

MANF. Sí, mas se sabe tambien
que los Dorias eran deudos
de Anibal.

FAANCO. Sí; por su padre.
Mas ya los Dorias murieron.

MANF. Asesinados los unos,
los otros en el destierro.

FRANCO. Eso se dice.

MANF. Y tal vez
con razon.

FRANCO. Indagad eso.
Vuestro padre es presidente
de la república ha tiempo.

MANF. Sí; mas mi padre no puede
sin pruebas juzgar del hecho.

FRANCO. Cierto; y no existe ninguna.
Á qué es cansarse? lo cierto
es que es poderoso Anibal.

MANF. Era el único heredero
de los Dorias.

FRANCO. Es verdad.

MANF. Y más rico con el tiempo
ha de ser, así que gane
á los Albianis el pleito.

FRANCO. Cómo? Y aun espera Anibal...

MANF. Unas tierras en Palermo...
dos castillos en Morea...

y no sé qué más.

FRANCO. (Soberbio!)

MANF. ¿Qué influye en el ancho mar
gota de agua más ó menos?
Qué en la fortuna de Anibal
perder ó ganar un pleito?
Yo sus secretos conozco,
merced al íntimo afecto
que nos une; yo he tenido
á su lado mesa y lecho;
yo penetro á cualquier ora
hasta su propio aposento.
Si hubiérais, cual yo, habitado
ese gabinete egregio,
si sus muebles uno á uno
examinárais por dentro:
si cual yo viérais al conde
al usar alguno de ellos,
viérais una llavecita
que lleva oculta en el pecho,
misteriosa guardadora
tal vez de un tesoro inmenso.

CAB. 2.° Y en fin, rico es nuestro conde,
y á fé que merece serlo,
que juzgo casi imposible
hallar huésped más espléndido.

MANF. Pero ved, ya en el jardin
dieron principio los juegos.
Vamos allí.

FRANCO. Á murmurar!

MANF. No venís vos?

FRANCO. Yo detesto
la murmuracion.

MANF. Yo no.

CAB. 2.° Pues allí murmuraremos.

ESCENA VII.

FRANCO.

FRANCO. Oh! Que esta noche me ampara
la fortuna, feliz yo!
Qué mas deseo saber?
Bendita revelacion!
El pleito... la llave... Ah! Sí:
tengo fé y me guia Dios.
Réstame sumir á Anibal
en profundo sueño... Voy. (Se va.)

ESCENA VIII.

TOPACIO.—DIANA con dominó y antifaz.

TOPAC. Franco! Se va!—Oh! tengo miedo,
qué tenaz persecucion
la de esta máscara... Es ella!
Y estamos solas las dos.
Oh! dejadme ya.
DIANA. Qué teme
de un sencillo dominó,
el peregrino disfraz
que vestís con tal primor?
TOPAC. Qué quereis?
DIANA. Hablaros quiero.
TOPAC. No os conozco.
DIANA. Ni yo á vos.
Con todo, sé que sufrís,
que honda huella de dolor
bajo el antifaz que cubre
vuestro rostro veo yo.
Y por Dios que me interesa

vuestra cuita.

TOPAC. Sea por Dios!
y eso... así... por simpatía...

DIANA. Ahí vereis...

TOPACIO. Cuán buena sois!

DIANA. Qué quereis? Diéronme cuenta
de vuestro infortunio...

TOPACIO. Oh!
Quién?

DIANA. Un gentil caballero
que nos conoce á las dos.

TOPACIO. Y él os envia?...

DIANA. En su nombre
vengo á hablaros.

TOPACIO. Tanto honor...

DIANA. Y á serviros...

TOPACIO. Y á qué más?

DIANA. A despedirle de vos.

TOPACIO. Cómo?

DIANA. Vamos á partir.
Se aproxima la estacion
de las flores, y en el campo
se vive mucho mejor.
Esta noche partiremos
en mi góndola los dos.
Á mi quinta de recreo
de él acompañada voy,
ameno vergel, que pongo
á vuestra disposicion.

(Topacio despues de devolverla la cortesía, lanza una carcajada.)

DIANA. Os reís?

TOPACIO. Linda ocurrencia
la vuestra... gracias os doy...
conque venís... (Risa.) permitidme
esta sencilla espansion...
sois muy amable!

Diana. Os burlais?
Sabeis quién soy yo?
Topacio. Quién sois?
Pues no lo dice bien claro
vuestra cortés atencion?
Dama sois tan singular,
que otra igual nunca ví yo;
vuestro porte lo publica,
lo atestigua vuestra voz.
Quién, si no vos, previniera
tan extremada ocasion
como esta, en que haceis salir
á mi semblante el rubor,
despidiéndoos de mí en nombre
de vuestro fiel amador;
y ofreciéndome una quinta
de recreo? Bien por Dios!
Oferta tan delicada
claro me dice quién sois;
dama sois tan singular,
que otra igual nunca vi yo.
Diana. Basta: me inspirais desprecio! (Se quita la máscara.
Topacio. Basta: me dais compasion! (Id.)
Diana. Adios, pues.
Topacio. Id norabuena.
Diana. Acabemos, vive Dios!
Topacio. Oh! qué palabras!
Diana. Las vuestras
provocan mi indignacion,
y muévenme á disuadiros
de vuestro insensato error.
Huid de una vez la senda
que vuestra audacia trazó;
ahogad por siempre en el pecho
la vergonzosa pasion
que el capitan os inspira:

no os pongais entre él y yo.
Me ama! Lo oís? Á mí sola
me pertenece su amor,
que no ha de ponerlo en una
aventurera cual vos.

TOPAC. (Turbada.) Señora...

DIANA. Salid de aquí!
Estos lugares no son
los vuestros: mas ved la plaza;
ya despunta el nuevo sol,
y vuestras torpes canciones
sonarán allí mejor.

TOPAC. (Sobrecogida.) Señora...

DIANA. Palideceis?...
qué pequeña de alma sois!

TOPAC. Dios mio! (Se deja caer en un sillon.)

DIANA. Ya habeis cesado
de reir? gracias á Dios!
Gran Duquesa de Ferrara...
adios pues! (Vengada estoy!)

ESCENA IX.

TOPACIO.—FRANCO que aparece.—(Pausa.)

TOPAC. (Reponiéndose.) Qué osó esa muger decir,
que así me obligó á callar!
y me he dejado insultar!
y la he dejado salir! (Se dirije al fondo.)

FRANCO. Qué es esto? (Deteniéndola.)

TOPAC. (Con fuerza.) Esto es volver
por mi honra; es que reina soy,
y en este momento voy
á demostrar mi poder!

FRANCO. Dónde vas?

TOPAC. El tiempo apremia.

Llegó nuestra gente?

FRANCO. Sí.

Aquí está.

TOPAC. Vengan á mí

los hijos de la Bohemia!

Cómo vengarme?

FRANCO. De quién?

TOPAC. De ella... de él... de Anibal... Oh!

de todos!

FRANCO. Aun vivo yo,

y yo he de vengarte!

TOPAC. Bien!

por ella hemos de empezar!

Conoces tú á la condesa

Diana?

FRANCO. Sí.

TOPAC. Pues de esa...

de esa me quiero vengar.

FRANCO. No; de mayores agravios

se trata ahora: por favor,

que tu desdichado amor

no suene ahora en tus lábios!

Yo no sigo aquí la huella

del capitan Rafael:

sigo la de Anibal; él

ha de vengarte!

TOPAC. De ella?

FRANCO. Sí.

TOPAC. Cómo?

FRANCO. Lo fio á tí!

Este licor... (Mostrando una botellita.)

TOPAC. No concibo...

FRANCO. Con un narcótico activo

preparado va por mí!

Haz que él beba!

TOPAC. Anibal?

FRANCO. Pues.
TOPAC. Beberá.
FRANCO. Pues de ese modo
de mi fé lo espera todo.
TOPAC. Mas qué intentas?
FRANCO. Vamos pues.
(Rafael se ha dejado ver en el fondo, y avanza en acecho de Topacio.)
TOPAC. (Ah! El aquí!) (Deteniéndosey poniéndose el antifaz.)
FRANCO. El capitan!
TOPAC. (Me acechaba.) (Con alegre expresion.)
FRANCO. Vamos.
TOPAC. No.
FRANCO. Tampoco me escuchas?
TOPAC. (Suplicante.) Oh!
tan poco vale mi afan?
FRANCO. Cuánto te culpa.
TOPAC. Cruel!
FRANCO. Te espero?...
TOPAC. Sí; en mí confia!
(Interrumpiéndole.) Perdon de la culpa mia...
déjame á solas con él!

MUSICA.

ESCENA X.

TOPACIO.—RAFAEL.

RAFAEL.

Si á un alma apasionada
que busca amor ansiosa,
á maga tan hermosa
la es licíto llegar,
su amante cuita calma,
mostrándola el semblante,

que de su cuita amante
te viene á consultar

TOPACIO.

Cuitado caballero,
el de la voz turbada,
el de alma apasionada
que busca amante fé;
por más que vuestra cuita
me llene de amargura,
tan hondo mal no cura
la ciencia que estudié.

RAFAEL.

Por qué tan esquiva
me finges enojos,
si un alma cautiva
te implora de hinojos,
y vas á mi ruego
rindiéndote ya?

TOPACIO.

Quitad: que aunque esquiva
fingir sepa enojos,
si una alma cautiva
me implora de hinojos,
podré apesar mio
rendirme quizá.

RAFAEL.

Yo adoro constante
tus fieros enojos,
descubre el semblante,
leer quiero en tus ojos,
si tú eres el ángel
que amante soné.

TOPACIO.

(Su acento apasionado
de gozo me inundó.)

RAFAEL.

No cedes á mi ruego?

TOPACIO.

Con una condicion.
Yo que en el baile soy gran señora
por quien cien nobles mueren de amor,
el rostro mio, velado á todos,
mostrar ofrezco tan solo á vos.
Mas fuerza es que esto sea
con una condicion.

RAFAEL.

Ya tengo vida y alma
pendientes de tu voz.

TOPACIO.

Huyendo intrigas, de vos agenas,
que cierta dama previno hoy,
hasta mi gruta, de este palacio
acompañada quiero ir de vos.

RAFAEL.

Ser quiero allí tu esclavo.

TOPACIO.

Juradlo.

RAFAEL.

Por mi amor!

TOPACIO. (Descubriéndose.)
Mirad.

RAFAEL.

La gitanilla!

TOPACIO.

La gitanilla soy.
(Solo en su amor
quiero esperar,
que solo en él
mi dicha está.
Por qué, por qué
si amada soy,
por qué ocultar
mi ardiente amor.)

RAFAEL.

(Un poder irresistible
á sus plantas me guió:
á su altivo continente
resistir no puedo yo;
y pues tal mi fé inconstante
asi fija esta muger,
en su pecho oculto mora
de las hadas el poder.

HABLADO.

TOPACIO. Una palabra no más.
Cumplid lo ofrecido.
RAFAEL. Sí.
TOPACIO. Dentro de un instante, aquí.
Adios pues.
RAFAEL. Así te vas?
TOPACIO. Me esperan.
DIANA. (Apareciendo sin ser vista.) Oh! la gitana!
RAFAEL. Explícame antes. (Persiguiéndola.)
TOPACIO. (Conteniendole.) No.
Despues, os lo ruego yo.
Já, já, já! (Al encontrarse con Diana.)
RAFAEL. (Deteniéndose.) Cielos! Diana!

ESCENA XI.

DIANA.—RAFAEL.

DIANA. (Estaban juntos los dos!)
Permitís á esa mujer
que me insulte? Os dá placer
humillarme?
RAFAEL. No por Dios!
DIANA. Por qué á Venecia tornásteis

esta vez en daño mio?
Por qué mi ventura fio
en la fé que me jurásteis?
Cuántos males me ha traido
Rafael, vuestra llegada;
no hay mujer más ultrajada
que yo, desque habeis venido.

RAFAEL. Es posible?

DIANA. Sí lo es.
No lo habeis visto?

RAFAEL. Sí vi!
(Algun misterio hay aquí.)

DIANA. (Oh! yo he de verle á mis piés!)
Os hallo turbado... inquieto...

RAFAEL. Si en esto puedo enojaros,
perdonad... no he de ocultaros
por más tiempo mi secreto.
En tal ocasion Diana
pudísteis aquí llegar,
que ya no os debo negar
que conozco á esa gitana.

DIANA. Sois franco. (Con ironia.)

RAFAEL. Os enoja?

DIANA. Mucho.

RAFAEL. Qué quereis? Es una historia
que va escrita en mi memoria
hace ya tiempo.

DIANA. (Qué escucho!)
Conque ello es, que en vuestro pecho
dejó ella una historia escrita?

RAFAEL. Mas de esto, á que yo permita
que ella os insulte, hay gran trecho!

DIANA. Gracias os doy: eso es...
todo así se satisface!

RAFAEL. Mi interés á vos...

DIANA. Me place

tan extremado interés!
No os cuideis tanto de mí,
ni espereis que á vos me queje,
ni que ella en su empeño ceje,
porque... oidlo desde aquí.
Anibal mi amor pretende
y sabe que os tengo amor:
para vencer mi rigor
Anibal todo lo emprende.
Montes la constancia allana;
y al fin triunfará de vos,
si así entre nosotros dos
interpone á esa jitana.

RAFAEL. Con qué fin?

DIANA. Que vea yo
ultrajado el amor mio!

RAFAEL. Imposible!

DIANA. Yo os lo fio.
Cómo os lo explicais si no?
Cómo si no así, se alcanza
que ella encuentre aquí lugar?
Como os podeis explicar
en ellos tal confianza?
Ni qué otra razon pudiera
á Anibal haber guiado?...

RAFAEL. Qué recordais? Á su lado
le ví yo la noche entera!

DIANA. Sí por Dios! Ambos de acuerdo
pretenden de mí alejaros.
Mal haria en obligaros:
sé que para siempre os pierdo!
Partid pues, y desde aquí
nada exista entre los dos.
Triunfe esa muger de vos,
y triunfe Anibal de mí!

RAFAEL. No.

DIANA. Sí. Dejadme con él...
nada os importen mis penas;
aquellas horas serenas
ya son idas Rafael!
Sí: de la triste Diana
olvidad el ciego amor,
buscando empleo mejor
al vuestro, en esa gitana.

RAFAEL. No; si Anibal intentó
Diana aislaros de mí,
de su intento, desde aquí
sabré libertaros yo.

DIANA. Y eso es amor?

RAFAEL. Solo sé
que es mi deber.

DIAÑA. Nada más?

RAFAEL. Os he agraviado, y jamás
desagraviaros podré.

DIANA. Sentir con esa expresion
mis enojos, y leal
ampararme en caso tal,
dos méritos grandes son.

RAFAEL. Pequeños á disipar
de una vez tantos enojos.

DIANA. Dos puntos son nuestros ojos.
y abarcan ese ancho mar!
Volvéd los vuestros á mí,
que mis enojos abarquen,
y una senda de amor marquen
que nos conduzca hasta allí.
Allí, del mar en la orilla
se eleva alegre morada,
y ofrece dicha colmada
esa vivienda sencilla.
En tan grata soledad,
en recinto tan estrecho,

respira mejor el pecho
que en esta inmensa ciudad.
Oh! Si comprendeis mi afan
y á mi cariño sois fiel,
guiadme allí, Rafael,
que allí mis dichas están!

RAFAEL. De felicidad entera
tanto amor bordaré allí;
vuelvo á ser quien siempre fuí,
no os cuideis de esa hechicera;
que huyendo recuerdos vanos,
mirar quiero esas campiñas
retratadas en las niñas
de esos ojos venecianos!

DIANA. Oh! ventura!

RAFAEL. Mirad! (Mostrando á Beppo que cruza.)

DIANA. Sí.
es mi gondolero?

RAFAEL. No.
Pues la fiesta terminó,
vamos.

DIANA. (Triunfé.) Por aquí.
(Conduciéndole á la segunda puerta derecha,)

RAFAEL. Un gabinete?

DIANA. Por él
hay salida más cercana.

RAFAEL. Por nuestra dicha, Diana. (Tendiéndole una mano.)

DIANA. Por nuestro amor, Rafael. (Estrechándola.)

(Oyese dentro una barcarola cantada por el coro.)

ESCENA XII.

FRANCO.—BEPPO.—TRES BOHEMIOS.

FRANCO. Adonde quiera que vayan
allí tú prudencia ten: (Á Beppo.)
síganle esos tres tambien
y que buena suerte hayan. (Desaparecen.)
Desierto el salon quedó,
desiertas las galerías,
y cumpliendo órdenes mias
mi gente hasta aquí llegó.
Huid, livianos cantores,
de este magestuoso espacio!
(Descubriéndose en el centro de la escena.)
Salud... altivo palacio
de los Dorias, mis señores!

MUSICA.

FRANCO.

No hay nadie. Anibal solo,
llegó el momento al fin.
A mí! los de Bohemia!
Mis bravos acudid.

(Los jitanos aparecen en distintas direcciones.)

CORO.

A obedecer tus órdenes
venimos hasta aquí.
Qué tienes? Qué deseas?
Tu ley se vá á cumplir.

FRANCO.

Quiero que nadie del palacio

pueda á este sitio penetrar,
quiero que entradas y salidas
guardadas queden.

CORO.

Quedarán.

(Desaparecen).

FRANCO.

Llegado es el instante!
Anibal viene ya.

(Persiguiendo á Topacio con una copa en la mano.)

ANIBAL.

No huyas, yo he de verte.

TOPACIO.

(Descubriéndose en brazos de Franco.)
Ya os lo permito.

ANIBAL.

Ah!

HABLADO.

ANIBAL. La gitanilla! Cielos!
FRANCO. En mi poder estás.
ANIBAL. Ah! Dios! (Cayendo en un sillon desvanecido.)
TOPAC. Y nuestra gente?
FRANCO. Toda en acecho está.
ANIBAL. Qué es esto? En mi cabeza
arder siento un volcan!
FRANCO. Es que en tus venas cunde
narcótico eficaz.
Y en vano con él luchas;
te rinde el sueño ya;
y fallecer te miro...
y aun vive el capitan!
Burlado va tu intento!
en tí no hay vida ya,

que exámine á mis plantas
te llego á ver.

ANIBAL. (Queda inmóvil.) Piedad!

TOPAC. La gruta nos espera!

FRANCO. Un solo instante más. (Quitando á Anibal la llave.)

TOPAC. Teneos! (A los bohemios que salen.)

FRANCO. (Mostrando la llave al desaparecer por la primera puerta derecha.) Oh! Dios mio!
Bendita tu bondad!

MUSICA.

DIANA. (Dentro.)
En las olas del mundo
son los amores,
rocas en que se estrellan
los corazones. etc.
(Se vé cruzar á Diana y á Rafael en una góndola.)

HABLADO.

TOPAC. Qué es esto?.. Dios mio!.. Sí...
la condesa... el capitan...
son ellos... juntos... se van.
no puedo más! Ay de mí!
(Cae desfallecida: los bohemios acuden á socorrerla.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Interior de una gruta de gitanos á corta distancia de Venecia. En el fondo, rompimiento que sirve de entrada principal. A derecha é izquierda, rompimiento de rocas que dan paso á habitaciones practicadas en ellas. A la derecha una salida oculta practicada en una roca.

Poco despues de levantarse el telon termina en la orquesta la introduccion del acto. Topacio aparece sentada á la derecha y en honda meditacion. Franco y Manfredi la contemplan algo separados de ella.

ESCENA PRIMERA.

TOPACIO.—FRANCO.—MANFREDI.

FRANCO. Es mucha vuestra atencion.
MANF. La historia es interesante.
FRANCO. Muy reconocido os quedo,
señor, á tantas bondades.
Ve que se despide. (A Topacio.)
TOPAC. Quién?
MANF. Yo, señora.
TOPAC. Dispensadme.
MANF. Oh! Desechad la tristeza
de vuestro hermoso semblante.

FRANCO. Qué sientes?
TOPAC. Tú lo preguntas?
FRANCO. Hice mal en revelarte
mi secreto?
TOPAC. Franco, no.
Mas le has revelado tarde.
FRANCO. Perdona; mientras viví
de tu usurpador distante,
qué debí hacer? Esta prueba (Mostrando un pliego.)
ansiada tanto tiempo hace,
héla aquí; es el testamento
de tu desdichado padre.
Por él eres de los Dorias
la heredera única; y nadie
de cuanto este papel dice,
puede en justicia apartarse.
MANF. Mas cómo identificais
la persona? Quién persuade
á los jueces? Qué les dice
para que en el caso fallen,
que esta es hija de los Dorias?
FRANCO. Lo digo yo.
MANF. No es bastante;
si no teneis otras pruebas...
FRANCO. Es preciso que esta baste.
MANF. Al finar el Doria último,
con pruebas irrecusables,
Anibal hizo valer
allí, y en todas sus partes
sus derechos; ya en Venecia
no hallareis uno que guarde
recuerdos de una familia,
que fué tantos años hace
por el hado exterminada.
FRANCO. Oh! Sí; por la mano infame
de Anibal.

MANF. Probadlo así.
FRANCO. Os lo aseguro.
MANF. Es en valde.
FRANCO. Lo juro ante Dios.
MANF. No basta.
TOPAC. Pues Dios que lo cierto sabe,
nuestra causa amparará.
MANF. Así sea; si ello os place,
á mis amigos traeré.
Hay algo en vuestro lenguaje
que gana las simpatías
del que os escucha. Contadles
esa historia; bueno es
que esta nueva se propale;
que corra de boca en boca
suceso tan importante.
FRANCO. Honra me haceis. Mas vendrán..
MANF. Con afan; y no os extrañe,
que aunque es gente principal
de la más alta y más grave
de Venecia, es muy posible
que hambrientos de novedades,
no á una gruta de gitanos,
al mismo infierno bajase
tratándose de las nuevas
que al punto voy á anunciarles.
Señora...
TOPAC. Guárdeos el cielo.
MANF. Con Dios quedad.
FRANCO. (Conduciéndole por la derecha.) Dios os guarde.

ESCENA II.

FRANCO.—BEPPO.

BEPPO. Franco... (Desde el fondo.)
FRANCO. (Conduciendo á Topacio.) Pronto iré á tu lado.
Déjame solo un instante.—
Infeliz! Cómo sin pruebas
triunfar de ese miserable!
BEPPO. Mira que vengo...
FRANCO. Imposible!
BEPPO. Mira que vengo á anunciarte...
FRANCO. Dios mio! Una muestra aquí
de tu justicia inmutable!
BEPPO. Está meditando... nada,
lo mejor será dejarle.
FRANCO. Juzgar por este papel
no pueden los tribunales.
BEPPO. Fumemos.
FRANCO. ¿Con qué atestiguo
mi dicho?
BEPPO. Qué gestos hace?
Quieres tabaco?
FRANCO. No.
BEPPO. Bien.
FRANCO. Mi palabra nada vale.
Quién soy yo?
BEPPO. Un polvo...
FRANCO. No.
BEPPO. Bueno.
Y un trago?
FRANCO. Quieres dejarme?
BEPPO. Bueno; como sé que eres
aficionado...
FRANCO. Qué traes?

BEPPO. Yo? Vengo á anunciar que llega
el capitan á buscarte.

FRANCO. Ah! Sí. ¿Me dieron su espada?

BEPPO. Sí; como tú lo ordenaste.
Hela allí. (Mostrando una espada que habrá en un rincon.)
Yo no sé cómo
vas á salir de este lance.
Es cierto que pagas bien,
pero no es servirte fácil.
Figúrate que llegó
la góndola á este paraje,
el gondolero remaba
y cantaban los amantes.
Tu gente hizo que su góndola
contra la nuestra chocase,
y á un tiempo... á una voz, entramos
en la suya al abordaje.
Amarro yo al gondolero;
paran ellos el arranque
del capitan, y consiguen
entre los tres desarmarle,
á tiempo que la condesa
grita, se acongoja, y cae.
Era cosa convenida
que uno de los tres luchase
con el capitan, en tanto
que saltábamos triunfantes
de su góndola á la nuestra,
y así se hizo; qué trance!
El capitan arrojó
al agua á su contrincante,
que á nado llegó á nosotros
que estábamos ya distantes.
Él quedó allí; era fuerza
que de su dama cuidase;
pero antes de tomar tierra

le vimos hácia esta parte
dirigirse, y en la gruta,
se encuentra cinco horas hace.

FRANCO. Y la condesa?

BEPPO. Tambien.
Pero en vano es que se afane
en obligarle á partir:
nada al capitan persuade.
Furioso vino y calmóse
al llegar; y es más notable,
que ha hecho de toda la gruta
un escrupuloso exámen.

FRANCO. (Se acuerda!)

BEPPO. Qué?

FRANCO. Nada.

BEPPO. En fin,
quiso llegar á esta parte,
y al oponerse los tuyos,
los llamó impíos, cobardes,
y con mirada altanera
y actitud amenazante,
declaró que con tu vida
ha de vengar tal ultraje.
Sin armas está: no temas.
Fuerza es que esa espada guardes,
que por cobrarla de tí
quiere verte á todo trance.

FRANCO. Dejadle paso.

BEPPO. Qué intentas?

FRANCO. Obedeced.

BEPPO. Dios te ampare.

ESCENA III.

FRANCO.

Aun está en la gruta... es claro;
fuerza es que recuerdos guarde,
y seguro estaba yo
que aquí vendria á buscarme.
Bien los mios condujeron
el asunto; pero el lance
está reciente, y quizás
convendria observar antes
su actitud... Aquí se acerca...
Diana tambien... Qué la trae? (Se oculta.)

ESCENA IV.

DIANA.—RAFAEL.

RAFAEL. Ah! Por aquí. (Llegando por el fondo.)
DIANA. Mas qué es esto?
Salgamos de aquí.
RAFAEL. Oh! Nadie.
DIANA. Qué pretendeis, caballero?
Qué os detiene? Qué hay que pare
vuestra atencion?
RAFAEL. Ya olvidais
que debo vengar mi ultraje?
DIANA. Cuando olvidais á una dama
por empeño semejante,
obligándola á seguiros
á estos indignos lugares;
cuando examinais la gruta
de estos bandidos infames,
y ella no vé en vuestros ojos

ni una mirada que calme
su inquietud ; cuando su ruego
desatendeis, dais señales
de descortés caballero,
ya que no de falso amante.

RAFAEL. Señora, teneis razon.
Debí conduciros antes
á vuestra morada, y luego
tomar mi brazo indomable
venganza de estos villanos.
Mas no fué así... perdonadme.
Algo sobrenatural
debe haber aquí, que ataje
mi accion... pues efecto es este
que yo no acierto á explicarme.
Soy un aturdido... es cierto,
mal pago vuestras bondades...
pero en suma, ya os lo dije.
Esperad ; nada hay que baste
á alejarme de estos sitios
sin satisfacerme antes.

DIANA. Pues entonces, caballero,
adios pues; mas quien tal hace,
cediendo á bandidos, es
peor que ellos si cabe.

RAFAEL. Señora...

DIANA. Así lo acredita
vuestro proceder.

RAFAEL. Dejadme.

DIANA. Podeis estar satisfecho
de vuestra conducta infame.

RAFAEL. Por mi nombre!... Proseguid.
No hay en ello que me extrañe.
Mas no apeleis á mi amor
con tan extraño lenguaje.

DIANA. Oh! no espereis que á él acuda,

ni que de otra suerte os hable,
que á tan extraño galan
no es posible que yo ame.

RAFAEL. Basta: si en tal ocasion
no os escucho como amante,
como dama, con mi vida
sabré vengar vuestro ultrage.
Y nada más. Desde ahora
todo entre los dos acabe.
Mas saldremos de aquí... luego
que satisfecho me halle.

ESCENA V.

DIANA.

MUSICA.

Oh! qué vano! qué torpe! que frio,
el pérfido amante
oyó el ruego mio!
Mal mi orgullo
satisfecho,
al despecho
he de ceder:
un volcan
de lava hirviente
en mi frente
siento arder!
Oh, qué bien de esta lucha altanera
el daño sentí!
que al triunfar de la tosca hechicera,
en la red que mi orgullo tendiera
incauta caí!
Triste de mí!
que en tan menguado empeño
vencida fuí!
Oh! qué idea! qué medio! qué intento,

nutrir en mi mente
desde este momento!
Esta idea
de venganza
mi esperanza,
debe ser:
que á mis plantas
humillado
al malvado
quiero ver.

ESCENA VI.

DIANA.—FRANCO.

HABLADO.

DIANA. Quiero salir de estos sitios.
Oh! no hay tiempo que perder.
FRANCO. Es cuerda resolucion.
En esta parte dejé
para qne os vaya escoltando
gente decidida y fiel,
que á Venecia os llevará.
Nada teneis que temer.
(Conduciéndola por la derecha.)
Salid por aquí.
DIANA. En buen hora.
Acabemos.
FRANCO. Adios pues.

ESCENA VII.

FRANCO.—RAFAEL.

FRANCO. Beppo. Trae al capitan.
Ya que airado viene él, (Tomando la espada.)

por Dios, que altivo y sereno
ha de encontrarme esta vez.

RAFAEL. Al fin te veo.

FRANCO. Héme aquí.

RAFAEL. Eres de esta turba soez
el gefe?

FRANCO. Sí soy.

RAFAEL. Mil rayos!
Tú eres el traidor tambien
que hurtóme el acero?

FRANCO. Ba!
Tan solo una chanza fué;
recobradle.

RAFAEL. (Desenvainando la espada que le presenta Franco.)
Miserable!

FRANCO. Herid. (Mostrando el pecho.)

RAFAEL. Vive Dios!

FRANCO. Y bien?
Qué os suspende?

RAFAEL. Viejo loco,
no te defiendes?

FRANCO. No á fé.
Herid.

RAFAEL. Pues, viejo taimado,
que he de asesinarte crées?

FRANCO. Imposible es que tal haga
el capitan Rafael.
Villano y cobarde fuera,
y él noble y valiente es.

RAFAEL. Vive Cristo!

FRANCO. Os esperaba:
vinísteis... gracias.

RAFAEL. Pardiez,
que tanta audacia me asombra!

FRANCO. Lejos de aquí partiré;
y he querido en esta gruta!

hablaros la última vez.

RAFAEL. En esta gruta!

FRANCO. Es aquella!
Recordais? Miradla bien.
Al huir de Milan, en vos
generoso amparo hallé,
y agradecí aquel servicio
en esta gruta despues.—
Era la noche sombría;
cruzábais el puente aquel.
Bandidos os acechaban.
Por vuestra vida temblé!
Advertida nuestra gente
que guiaba una muger,
cayó sobre los bandidos
que huyeron de allí en tropel!
Una voz dulce y sentida
pobló los aires despues,
y yo, advirtiéndoos del riesgo,
hasta esta gruta os guié!
Recordais?

RAFAEL. Sí, por mi vida!
Y fué Topacio?

FRANCO. Atended.
De Diana érais entonces
amante rendido y fiel,
y hasta la aurora rondábais
de su celosía al pié.
En acecho de un rival
que aun en tal amor teneis,
por vuestra vida velaban
un hombre y una muger!
y un dia tras otro dia,
con incansable interés,
ella del rival cuidaba,
y de vos cuidaba él!

RAFAEL. Oh! Dios mio! Y era ella?
FRANCO. Sí, capitan, ella fué!
RAFAEL. Y aquella cancion sentida?...
FRANCO. De ella... de ella tambien!
RAFAEL. Oh! quiero verla!
FRANCO. (Señalando el primer término de la izquierda.) Miradla.
Teneos. No os quiere ver.
Herísteis esta mañana
cruelmente su altivez,
y en fin, sepultando en ellos
para siempre nombre y fé,
de estos lugares se aleja
para nunca más volver!
No advertis llanto en sus ojos?
RAFAEL. Por qué ese llanto?
FRANCO. Por qué?

MUSICA.

FRANCO.

Como en febril contento
tiende las alas, y libre gira
por la region del viento
el aguila raudal,
ella atezó su frente,
libre cruzando el ancho suelo,
al rebramar potente
del recio vendabal!
Y cual de agudo dardo
herida el ave desciende al suelo,
cruzando en vuelo tardo
la azul inmensidad,
ella de muerte herida
huye hoy la alegre vasta llanura
dejando allí perdida
la ansiada libertad!

HABLADO.

RAFAEL. Quién es ella? Este misterio
explicadme de una vez.
FRANCO. Para eso os he traido,
para deciros quién es.
Recordais la desventura
de los Dorias?
RAFAEL. Oh! Sí, á fé;
Muy jóven era... y recuerdo
que me aterró el caso aquel!
Todos murieron.
FRANCO. No todos.
Decretó el Supremo Juez,
que un hombre... un criado ingrato,
viendo en desórden cruel
aquella casa, anhelara
parte en el botin tener,
y huyó de ella...
RAFAEL. Ah! Ya comprendo!
Me lo contásteis ayer:
vos robásteis una niña...
FRANCO. Decreto del cielo fué!
RAFAEL. Cómo?
FRANCO. De otro modo... ella
hubiera muerto tambien.
RAFAEL. Topacio?
FRANCO. Tiene otro nombre.
RAFAEL. Cómo se llama?
FRANCO. Isabel.
RAFAEL. Doria?
FRANCO. La hija de Doria!
RAFAEL. Hija desdichada!
FRANCO. Lo es.—
Sabe su orígen... y ya

no puede dichosa ser,
que de los nuestros se aleja
hoy, á sus deberes fiel,
y acaso sin esperanza
de probar su orígen; ved;
esta es la prueba. (*Mostrando el pliego.*)

RAFAEL. Mostradla.

FRANCO. No es suficiente.

RAFAEL. Pues bien;
constándoos que no me guia
ningun mezquino interés,
aceptad mi ayuda en esto;
que mucho os puede valer
con ingenio y brazo, un hombre
lleno de valor y fé.
De falaz y veleidoso
me habreis juzgado, y pardiez
que os sobra razon... Soy bueno...
soy honrado... en mí creed!
Habladla de mí... desde ahora
pongo mi vida á sus piés!
Os place mi ofrecimiento?

FRANCO. Muy bien, capitan, muy bien;
mas por mucho que ello os pese,
no ha de aceptarle.

RAFAEL. Por qué?

FRANCO. Ella viene; habladla vos.
Mas será la última vez!

RAFAEL. Me rechazará?

FRANCO. Lo temo;
Que agraviada la teneis.

ESCENA VIII.

FRANCO.—RAFAEL.—TOPACIO.—BEPPO.

TOPAC. Ah!
FRANCO. (A Topacio.) Espera.
BEPPO. Franco?
FRANCO. Qué pasa?
BEPPO. Los caballeros...
FRANCO. Ya sé.
Voy á su encuentro: guiadlos
por esta parte. (Señalando al primer término derecha.)
BEPPO. Está bien. (Se vá.)
FRANCO. El capitan ha sabido
tu partida, y... ya lo ves,
á despedirse de tí
llega... despídete de él.

ESCENA IX.

TOPACIO.—RAFAEL.

RAFAEL. Se que de amargura llena
partís... y á ofreceros vengo...
TOPAC. Nadie hay que baste, os prevengo,
á dulcificar mi pena.
RAFAEL. Nada, pues se vuestro orígen,
ya de vuestra vida ignoro,
y vuestra partida lloro,
y vuestras penas me afligen.
TOPAC. Pues es justo que me asombre
el afan que aquí os guió
á indagar mi origen, yo,
ni aun sé de vos vuestro nombre.
RAFAEL. Es cierto: sabed...

TOPACIO. Adios;
yo nada os pregunto.
RAFAEL. Bien.
es justo vuestro desden,
y parto lejos de vos;
que ignorais mi nombre... y poco,
muy poco me conoceis;
y cual todos me teneis
por un aturdido, un loco!
Ya que de vos parto ahora
para no veros jamás,
quereis conocerme más?
prestadme atencion, señora.—
Niño mis padres perdí,
y en aislamiento profundo,
nunca yo cuidé del mundo,
ni el mundo cuidó de mí.
Sumida en dolor insano,
tierno amor mi alma anheló,
y el tierno amor me faltó
de una madre... de un hermano!
Soldado me hice en Verona;
y adonde puse mi planta
lidié y vencí, con la santa
proteccion de la Madona.
Do quier la invoqué postrado:
su imagen formé en mi mente,
y fué mi egida, mi ardiente
adoracion de soldado!
Y soñando amante fé,
cuando á Venecia volví,
la imágen pienso que ví
que yo en mi mente forjé.
Sombra risueña y esquiva,
de provocador desvío,
que vagaba en torno mio

protectora y fugitiva;
y cuando una noche... allí (Señalando al fondo.)
riesgo mi vida corrió,
ella mi vida salvó ..
y recatóse de mí!
y en tanto de ella distante
ví correr mi juventud,
llena el alma de inquietud
que siempre ocultó el semblante;
y en tanto que su recuerdo
constante me perseguia,
amor mi labio mentia
en contínuo desacuerdo:
y con ella volví á dar;
y de su bondad dudé,
y su esperanza burlé!...
que más la pude ultrajar?
Oh, que esta idea cruel
de vergonzoso pesar,
la vida ha de atormentar
del capitan Rafael!
Ya mi pecho os descubrí;
ya mi dolor entendeis;
ya, en fin, una parte veis
del pesar que guardo aquí.
Ya me conocísteis más;
ya os dije mi nombre... adios;
ya puedo partir de vos,
para no veros jamás!

ESCENA X.

TOPACIO.—RAFAEL.—FRANCO.—Luego BEPPO.

FRANCO. Un instante.
RAFAEL. No.

FRANCO. Teneos.
RAFAEL. Dejadme que de aquí parta.
FRANCO. Esperad.
BEPPO. (Saliéndo.) Franco...
FRANCO. Qué es esto?
BEPPO. Cristo nos ampare!
FRANCO. Habla,
qué nuevas tres?
BEPPO. Que Anibal
llega aquí con gente armada.
Mira tú cómo nos libras
de este conflicto.
UN BOH. Á las armas!

ESCENA XI.

TOPACIO.—FRANCO.—RAFAEL —BEPPO.—BOHEMIOS.

MUSICA.

CORO.

Hombres armados
nos hacen frente.
con imponente
fiero ademan;
y codiciosos
de nuestras vidas,
esas salidas
cercando están.

FRANCO.

Nadie resista!
Nadie se mueva!
Nadie se atreva
un paso á dar!

RAFAEL.

Mi voz los guie.

FRANCO.

Ni un solo acento.

TOPACIO.

Cuál es tu intento?

FRANCO.

Váislo á escuchar:
Qué os ha dicho la voz de esa gente?
Cómo cercan la gruta esplicad.

CORO.

Todos guardan silencio imponente,
que nos llena de viva ansiedad.
Llegan, vuelven,
pasan, miran,
tornan, giran,
vienen, van.
Y es prudente,
conveniente,
que imitemos
su ademan.

FRANCO.

Nadie resista!
Nadie se mueva!
Nadie se atreva
un paso á dar.

RAFAEL.

Ni una palabra!

TOPACIO.

Ni un solo acento!

FRANCO.

Nadie se atreva
un paso á dar!
Huid todos: fingid desde ahora
que os impone su fiera actitud,
y á mi seña volved sin demora
que os espero con viva inquietud.

Calma! Chito!
Todos fuera
sin chistar!
Huid! Tornad!
Salid! callad!

CORO.

Calma! Chito!
Venid! Tornad!
Orden! Quietos!
Salid! callad!
(Se van.)

HABLADO.

FRANCO. Dejadme solo un instante.
RAFAEL. Qué pretendeis?
TOPAC. Te amenaza
grave riesgo!
FRANCO. No temais.
Vuestros amigos aguardan
en ese aposento; entrad,
ocultaos siu tardanza,
y con ellos escuchad
en silencio nuestra plática.

ESCENA XII.

FRANCO.—ANIBAL.

FRANCO. Él es; Dios será conmigo,
que así protege mi causa!
ANIBAL. Registrad la gruta entera.
Ah! Él es! (Aparece con dos hombres armados.)
FRANCO. Tened las armas.
Yo me entrego.
ANIBAL. Miserable!

tu gente huyó desbandada

FRANCO. Indefenso me encontrais;
vuestra es mi vida; tomadla:
mas pienso que os interesa
más que mi vida esta caja;
(Mostrando una caja oculta entre las rocas.)
y aun puedo satisfaceros
si venis á recobrarla:
y ved vos cómo ha de ser.
Un papel en ella falta
que oculto yo, y os importa
que de ello tratemos.

ANIBAL. Habla.

FRANCO. Bien; mas sobra la presencia
de estos hombres; que se vayan.

ANIBAL. Eso pides...

FRANCO. No temais;
no tengo siquiera un arma.

ANIBAL. Salid de aquí. (Los dos hombres desaparecen.)

FRANCO. Al asunto.
Este pliego nos declara
que aun existe otro heredero...

ANIBAL. Es una impostura...

FRANCO. Calma.
Todo se puede arreglar
sin insultos ni amenazas.
Vuestra ambicion desmedida
estos documentos guarda
hasta terminar el pleito
con los Albianis. Pues basta.
Yo tambien soy ambicioso;
compradlos... y santas pascuas.

ANIBAL. Y cuánto me va á costar
esa relacion?

FRANCO. Muy cara.
Mas bueno es que antes la oigais,

para que podais pagarla.
De vuestro padre adquirísteis
la ambicion ilimitada.
El... deudo ingrato... lo fué;
devastó la ilustre casa
de los Dorias, persiguiéndolos
con acusaciones falsas,
hasta que al fin desterrados
murieron lejos de Italia,
como supuestos traidores
á la república!

ANIBAL. Calla!

FRANCO. Estamos solos. Murió
vuestro padre; ya os hallábais
dueño de inmensas riquezas
á vuestros deudos robadas.
Pero en suma; nada de esto
á vuestra ambicion bastaba.
De aquella triste familia
aun tres personas quedaban,
y vos con dolor hipócrita
su confianza ganábais,
y en su casa entrar quisísteis,
y os franquearon su casa.
Despues, la bondad del cielo
dió á una de ellas vida larga,
y las otras dos, por vos
murieron envenenadas!

ANIBAL. Silencio!

FRANCO. No; aun existe
Isabel Doria!

ANIBAL. Ya basta!
(Amartillando una pistola.)
Aquí estamos sin testigos.
Todo es verdad; mas qué alcanzas
con eso? Oh! Tambien tú

vas á morir!... Qué haces?
(Tocando una campana que llama á los bohemios.)

FRANCO. Nada.

ANIBAL. Vive Dios!...
(Apuntándole.) Muere, villano!...

RAFAEL. Miserable! Quieto! (Sujetándole el brazo.)

ANIBAL. Oh rabia!

ESCENA XIII.

TOPACIO.—RAFAEL.—ANIBAL.—FRANCO.—BEPPO.—MANFREDI.—CABALLEROS *y* BOHEMIOS.

FRANCO. Lo habeis oido, señores?

MANF. Todo.

FRANCO. Aseguradle.

BEPPO. Vaya;
ahora que está ya vencido
yo respondo de él; en marcha. (Se le llevan.)

MANF. Conservad en la memoria (A los caballeros.)
cuanto escuchásteis... y ved, (Presentando á Topacio.)
en ella reconoced
á la hija de César Doria.

TOPACIO. Dios mio!

FRANCO. (Á Rafael.) Eterna amistad
y un porvenir de ternura. (Uniéndolos.)

RAFAEL. Oh! Inefable ventura!

TOPACIO. Suprema felicidad.

MUSICA.

TOPACIO *y* RAFAEL.

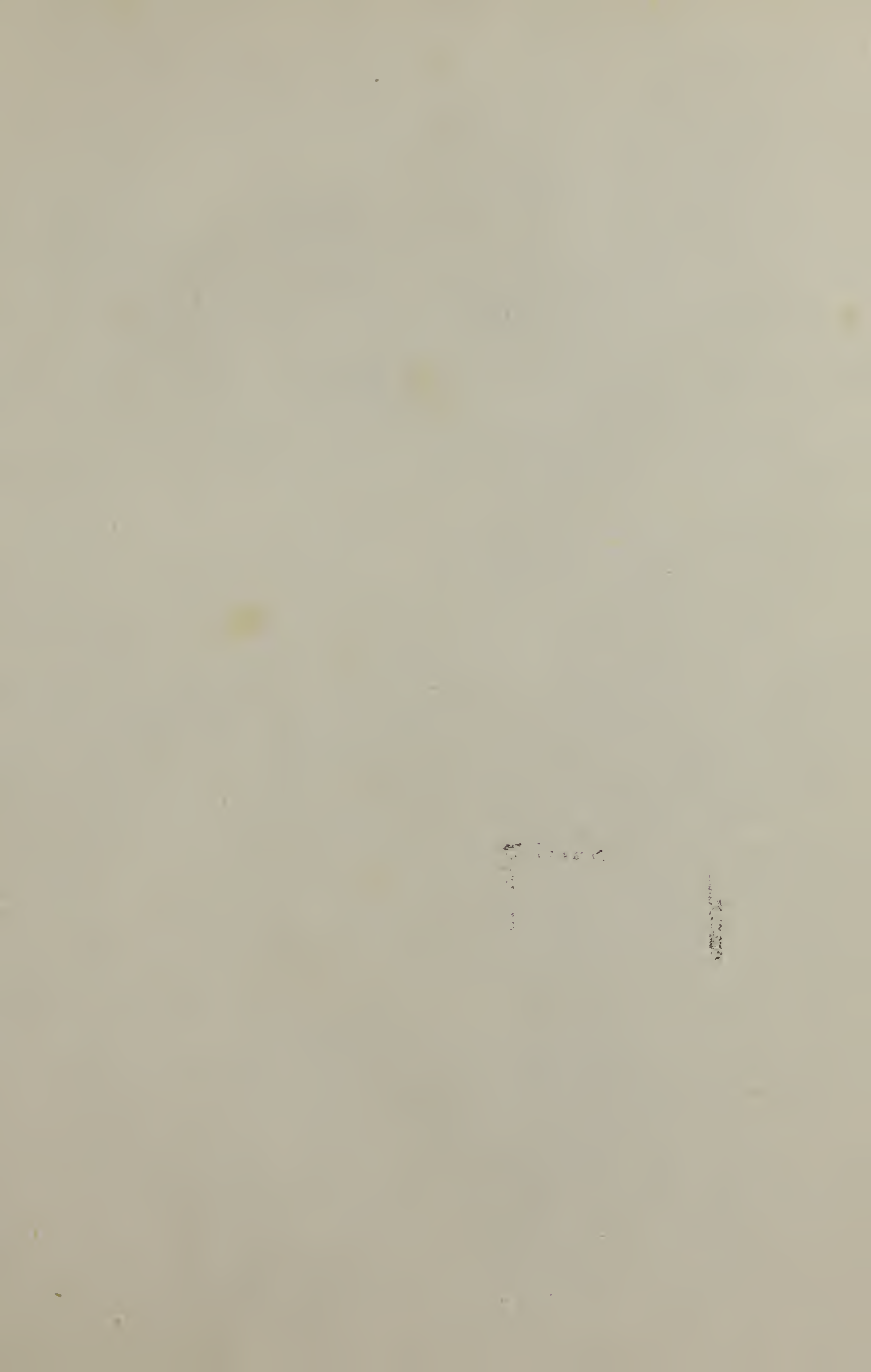
Ya logrado el dulce instante
que anhelaba el corazon,
largos dias de ventura
nos ofrece nuestro amor.

CORO.

Ya logrado el dulce instante
que anheló su corazon,
largos dias de ventura
les ofrece ya su amor.

FIN.

Esta zarzuela está escrita sobre el pensamiento de la ópera cómica francesa que lleva el mismo título.





PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Moro, Puerta del Sol.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.